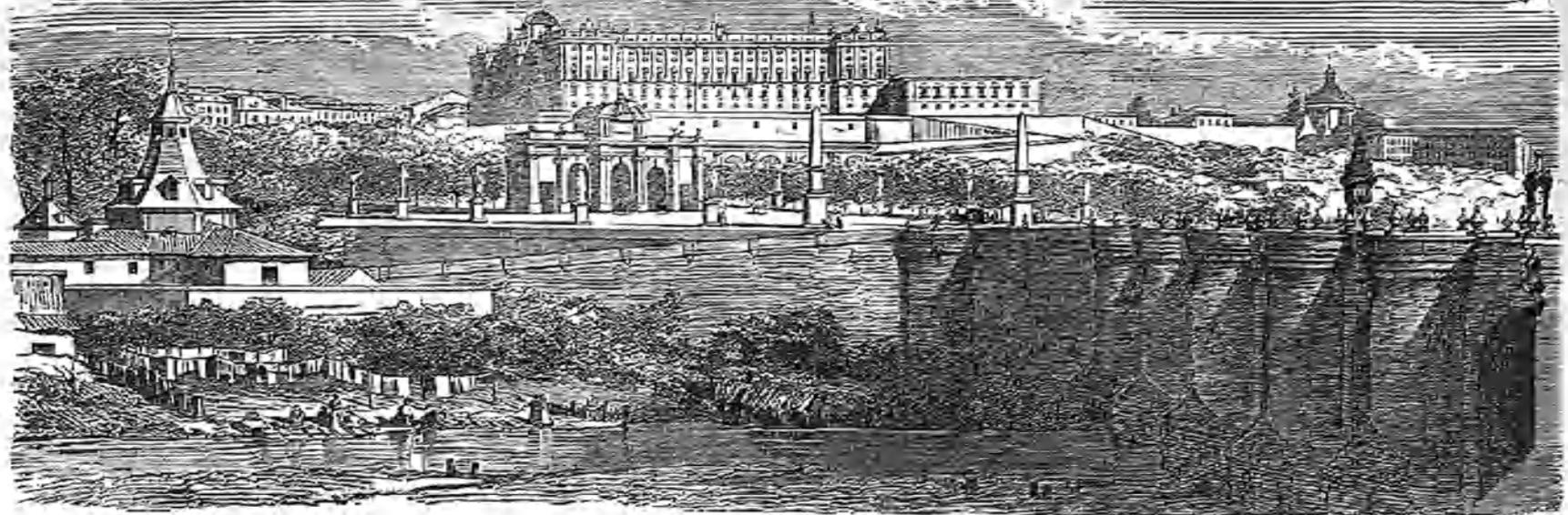


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 30 DE NOVIEMBRE DE 1871.

NÚM. 46.

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernández Flores.—La Exposición de Bellas Artes, por D. Peregrin García Cadena.—Melilla, por don Antonio Rajá.—La novela en el tranvía, por D. E. Pérez Galdós.—Revista de los trabajos de las Academias y sociedades científicas, económicas y literarias, por D. Florencio Jané.—A la insigne poetisa doña Carolina Coronado de Perry (poesía), por D. Gabriel García Tassara.—A Dios (poesía), por Ahriman.—Cantares, por don José de Pantoja.—Explicación de los grabados, por X.

GRABADOS.—Ercmo. Sr. D. Francisco Romero Robledo, dibujo de don Alfredo Pérez.—Ercmo. señor don Manuel Ruiz Zorrilla, dibujo de D. Alfredo Pérez.—El prete, dibujo de D. José Luis Pellicer.—La feria de Gersons, dibujo de D. José Luis Pellicer.—Muerte de Lucrecia, dibujo de D. Eduardo Rosales.—Castillo feudal, dibujo de don Antonio Muñoz Degrain.—Narciso, dibujo de D. Elio Martín.—El herrador, dibujo de Mr. Jules Worms.

ECOS.

¡Vamos, exclamó el caballero que estaba sentado enfrente de mí; esto no es vivir, ni es viajar, ni tener sentido común! y dejó sobre la mesa del café el periódico que tenía entre las manos.

—¿Qué es ello? pregunté entonces.

—Lea Vd., me contestó, alargándome el diario.

—Fijé mis ojos en éste, y en las líneas que me marcaba el dedo apiporrado y la uña diabólica de mi interlocutor, y leí:

“Viaje del tren relámpago á Chicago.”

He leído pocas novelas tan inverosímiles como esta historia: nada he oído tan fantástico, tan maravilloso, tan poético, tan sublime como esta epopeya de un tren de mercancías cuya musa es la Caridad y cuyo héroe es un maquinista de rostro escaldado por el vapor del agua hirviendo, y ennegrecido por el polvo del carbon de piedra.



EXCMO. SEÑOR DON FRANCISCO ROMERO ROBLEDO.

peya de un tren de mercancías cuya musa es la Caridad y cuyo héroe es un maquinista de rostro escaldado por el vapor del agua hirviendo, y ennegrecido por el polvo del carbon de piedra.

El tren partía de Nueva-York y llevaba auxilios á las víctimas de la gran catástrofe de Chicago. Cajas, cestos, fardos que contenían vestidos, conservas, mantas, colchones, muebles... ¡Once mil bultos habían sido ya cargados en la espalda de aquella enorme serpiente de hierro! Sonó un prolongado silbido, y el monstruo se puso en movimiento; chocaron sus anillos unos con otros; arrojó nubes de humo que le coronaron con vistoso penacho, y partió con ruido scompasado. La línea negra que formaba era inmensa; parecía una cordillera que había echado á andar. Toda la vía hasta Chicago estaba libre; todos los empleados en sus puestos. El tren salió de la estación entre vivas y aplausos; llenó el viento con un rugido inmenso de sus locomotoras, que era á la vez el ¡adiós! de despedida y el ¡hurra! del combate, y se lanzó sobre los rails con un empuje irresistible y con una rapidez vertiginosa, infinita. La gente de los pueblos, advertida de antemano, llenaba en tropel las estaciones, que estaban todas empavesadas. Inmensas aclamaciones saludaban al tren á su llegada, y no había aldeas, ni villa, ni ciudad, donde los donativos en pirámides gigantes no formasen, como arcos triunfales, al tren de Chicago. Y el tren todo lo devoraba, aumentando en cada punto los eslabones de su larga cadena, y seguía su marcha con nuevo furor. ¡Cuarenta millas por hora! gritaba el maquinis-

ta, y los fogoneros arrojaban carbon en los hornillos, y atizaban el fuego cantando y rugiendo como condenados, y el vapor encerrado, oprimido, gemía, chillaba dentro de la caldera, revolviéndose furioso sin poder romper su cárcel de hierro. ¡Dios santo! ¡El bien de millares de familias, la vida de tantos hombres entregados al frágil tornillo de una rueda, ó á la casual desviación de un rail desencajado, en ese horrible torbellino en que la extrema rapidez del movimiento es tal que nos creemos en completa inercia! ¡El tren pasaba por los túneles como una bala á través de una sortija: los puentes ni le sentían pasar! En Portage se desencadenó la tempestad. ¡Viento, agua, nieve, granizo, relámpagos, truenos y rayos! ¡El tren volaba entre tinieblas! Nadie era osado á sacar la cabeza por la ventanilla del coche; las mujeres que iban á socorrer á los heridos de Chicago rezaban con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados de espanto. Por fin ¡Chicago! gritó el maquinista, y sus ojos se llenaron de lágrimas, y rompió en sollozos como un niño.

¡El tren relámpago había recorrido 492 millas en diez horas y cincuenta y cinco minutos!

Siento no ser poeta, dije, para cantar esta filantrópica expedición, que honra ciertamente más á la humanidad que las que cantaron en otros siglos vates insignes; expediciones en que iban siempre el incendio, la esclavitud y la muerte.

—Paréceme, dijo á su vez el señor del dedo gordo y uña puntiaguda, que estoy hablando con un *petrolista*.

—Ni pensarlo: como economista doméstico estoy por el uso del petróleo; pero anatematizo á todo el que quiera revocar con él las fachadas de los edificios; en este punto soy de la opinión de los escépticos.

—¡Ah! exclamó mi interlocutor lanzando una mirada al periódico; tampoco yo estoy mal con el siglo en que vivo; porque al fin y al cabo hágame cuenta de que si hubiera nacido en otro pasado hubiérame ya muerto; cosa desagradable de pensar en cualquiera época en que se viva. Prefiero vivir en el peor de los siglos posibles á haber vivido entre los séres felices de la Edad de oro. Pero yo he viajado mucho en mi juventud; allá cuando el tren relámpago era el coche tortuga; en los tiempos de las mensajerías sin celeridad y de las diligencias sin diligencia; y guardaré siempre un recuerdo de amor y respeto al tarde caminar de aquellos vehículos en que íbamos dulcemente columpiándonos de bache en bache; en que avanzábamos de brinco en brinco, de lugar en lugar y de una en otra posada, parando de legua en legua y dando fin del día y de la noche entre el chocolate, la comida, la cena y el sueño cien veces interrumpido y lleno de ruidos, insectos y fantasmas, de los mesones castellanos.

—Pero se moría Vd. en el camino.

—No, señor, al fin y al cabo se llegaba. Y al llegar podía Vd. dar cuenta de los países que había Vd. atravesado; porque la celeridad, mejor dicho, la lentitud del viaje le daba á Vd. espacio para contemplar y aun estudiar en la naturaleza sus variedades topográficas y de nacionalidad ó de raza. Hoy va Vd. como un fardo en un magnífico wagon; pero ni come, ni bebe, ni duerme, ni ve, ni oye, ni entiende. Recorre Vd. cien comarcas diferentes, y al bajar del tren se encuentra Vd. con que no ha estado en ninguna parte. Aquellas dulces emociones campestres que despertaban en el ánimo un sentimiento de admiración y gratitud hacia Dios, no se alcanzan ya en nuestro pecho cuando viajamos. Corremos entre postes y alambres telegráficos, sobre un pentágono de rails, entre las nubes de humo del carbon de piedra y los diálogos de silbidos de las locomotoras. Todo nos habla del hombre: nada de Dios. ¡La poesía de los viajes ha muerto!

Acaso tenía razón el hombre del dedo corto y la uña larga. El calesín era el vehículo de la poesía: la locomotora es el caballo de la industria.

Pero toquemos la restauración de los viajes poéticos, ya que no del calesín. Pronto, muy pronto viajaremos en globo.

Poco hace fué enterrado en Strasburgo un soldado francés que murió á consecuencia de sus heridas. La población en masa siguió al féretro con calma y recogimiento. En el cementerio fué depositada sobre la tumba una corona. «Juramos, dijo el que la puso, continuar

siendo franceses hasta que se marchiten las flores de esta corona.»

Y la corona era de hierro.

¡Aún se rinde culto en Strasburgo al patriotismo y á la retórica!

Ahora más que nunca celebró no haber entrado cuando niño en la peligrosa carrera de las armas. Honrosos es y siempre lo ha sido vestir caprichosos uniformes bordados de plata y oro, y llevar al lado cortadora espada conque ensartar al prójimo. Bien sabe Dios que no siento pavor cuando silban las balas y se chocan las espadas y crujen al encontrarse furiosas las bayonetas; el humo de la pólvora halaga mi nariz y el estampido del cañon resuena como blanda música en mis oídos: he tenido ocasión de cerciorarme de esto en las funciones del aniversario que se verifican todos los segundos días del mes de mayo en los teatros de la corte: pero amo la independencia: la inmunidad personal y la autonomía de las barbas.

Digo esto porque he leído en un periódico que el ministro de la Guerra ha prohibido á los militares el uso de la barba corrida y que en adelante sólo se les permitirá usar perilla y bigote.

No quiero entrar en el fondo de la cuestión, no se crea que tiendo á relajar la disciplina: bañen en buen hora sus rostros en un océano de espuma de jabon los soldados de la española infantería y caigan al filo de la navaja sus crespas barbas, abrasadas y ennegrecidas con el fuego y el humo de los combates; no queden libres de esterminio ni las de los impertérritos gastadores, admiración y terror de los chicos, cabelleras suplementarias y honrosa cola de sus heroicas fisonomías; ellas volverán á crecer y á ostentarse en mejores tiempos al sol de la abolición de las quintas y de la fraternidad universal. Pero que esa disposición coercitiva que transforma las barberías en campamentos, no caiga también sobre las barbas de la fuerza ciudadana. Bien hacen en días de parada extensas filas de hombres vestidos con iguales colores, con idénticos trajes y adornados los parecidos rostros con el bigote y la perilla de reglamento. Dejemos sin embargo, al industrial, al comerciante, al artista, al literato, la pintoresca libertad de los pelos de su cara: dejémosles dueños de trazar en la topografía de sus rostros, las simétricas alamedas que forman las patillas, ó el revuelto bosque de la barba. ¡Poned límites al furor barboril que tiende á dejar la piel humana tan rasa como la cáscara de un huevo!

No es cuestión de mero adorno esta peliaguda cuestión. Para el hombre observador, para el filósofo, la igualdad ante la bacía es un crimen horrendo. Los gobiernos mismos están interesados en que la barba sea libre.

Apenas le apunta el bozo, da el hombre á los pelos de su cara una dirección conforme á su carácter, á sus sentimientos y á sus aspiraciones. El seductor retuerce finamente su bigote, el temerario engruesa el ayo con dos ramales de la barba, el hombre de negocios se deja patillas ó se afeita por completo, los artistas unen el bigote á la perilla en figura de candado, y los filósofos y los percosos se dejan crecer los pelos hasta en la punta de la nariz. Basta, pues, mirar la fisonomía de un ciudadano para conocer sus tendencias, que revela inconscientemente con la simbólica forma de su bigote ó de su barba.

Alguna vez, sin embargo, se encuentran generales exterminadores como Napoleón y Moltke completa y pulcramente rasurados, y perfumistas y confiteros que gastan colas de caballo por bigotes.

La epístola en verso dirigida á la insigne poetisa doña Carolina Coronado por el Sr. García Tassara, y que hoy publica LA ILUSTRACION DE MADRID, forma parte de un tomo de poesías que dará á luz muy en breve este inspirado poeta.

Tan agotado está ya el vocabulario de los blógios que en parecidos casos suelen prodigarse, que yo no sé de qué expresiones valarme para manifestar el placer, el interés y la admiración con que he leído los nuevos versos del Sr. Tassara. Los que como yo los lean comprenderán mi embarazo: tendría que usar el lenguaje de la exageración, y nada hay ya tan vulgar como la hiperbole.

—Cuando el Sr. Tassara canta en medio de Ginebra

«Verdadero volcán del pensamiento»

las visiones heroicas que le asaltan, y pregunta á los genios que han preparado la revolución social que hoy agita á los pueblos de la vieja Europa

«¿Y dónde, dónde va el mundo?»

Ellos responden:

«¡Adelante!

La humanidad ha nacido para andar, los grandes capitales, los grandes filósofos, los grandes poetas, son como pastores que guían rebaños de hombres. ¡Adónde! Ellos mismos lo ignoran; pero sienten fiebre de caminar y están condenados á eterno movimiento. Y siempre andando, unos nacen, otros mueren; vienen guerras y pestes, y el rebaño no se detiene. Allí queda el cuerpo muerto donde cae. ¿Qué es una generación ni cuenta en la vida del mundo? ¿Qué es el mundo para el destino, sino un puñado de imperios? Y los hombres van como corderos siempre adelante y sin saber adónde!

Y sin embargo, nuestro afán es pararnos: tenemos miedo de seguir: presentimos un más allá que nos espanta. Cada hombre se cree el favorito del destino y el ejemplar más precioso de la especie humana. Todo se ha hecho para él, y las costumbres y las leyes, y las religiones y las sociedades no deben cambiar ni transformarse si esta transformación puede ser causa de que haya de levantarse media hora más temprano que suele hacerlo, ó de que no pueda leer el periódico á la hora de tomar el chocolate. Y en tanto el destino, sentado sobre el sol entre la vida y la muerte, se ríe de la humanidad que bulle á sus pies como un hormiguero y dice como el poeta: ¡Adelante! ¡Adelante!

Si la poesía de Tassara que hoy se publica en LA ILUSTRACION es, como parece serlo, una especie de prólogo de su nuevo libro, estamos abocados á un gran acontecimiento literario.

La lira de Quintana ha sido recogida por aquel poeta, y en sus cuerdas energías y valientes resuena la voz de las generaciones contemporáneas.

La epístola de hoy me dice desde luego que ese libro no será el libro del diplomático ni del hombre político, sino el del genio grabando sus inspiraciones en la frente de bronce del siglo XIX con el cincel de la filosofía.

Otro libro de poesías acaba de publicarse, *La Pereza*, colección de cantares originales de Augusto Ferras, con un prólogo del malogrado Gustavo Adolfo Becquer.

Hay una pereza activa
Que mientras desahoga piensa,
Que calla porque se vence,
Que duerme pero que sueña.

Es como un leña rajejo
De la majestad suprema,
Que, eternamente tranquila,
Sobre el universo reina.

¡Oh asilo del pensamiento
Errante, dulce pereza;
Mil veces feliz el hombre
Que de ti goza en la tierra!

En estos momentos de sublime pereza, ha escrito el autor sus preciosos cantares.

Para muestra basta un botón: ahí va uno ya que el espacio no me permite regalar al lector una botonadura completa:

XXXIV.

El dulce coplido
De tu voz alegre,
Cuando te callas, se aleja despacio
Hasta que se pierde.

Si de tu guitarra
Una cuerda hieres,
Como una queja resuena en el aire
Que leña se pierde.

¡Pues dónde esa queja
Y tu voz se pierden,
Allí he soñado que nuestros amores
Írán á perderse.

ISIDORO FERNANDEZ FLORES.

LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

IV.

Un pintor de veinte años que en su primera obra arrostra con ánimo brioso las dificultades de un cuadro histórico de grandes proporciones, sin sucumbir en tan árdua empresa, digno es de que sus faltas merezcan benevola censura, y sus aciertos estímulo y protección. D. Emilio Sala, que éste es el joven artista á que nos referimos, se ha dado á conocer en la Exposición con un cuadro de esta índole, demostrando que si le faltan, como es natural á su edad, la madurez y la conciencia de la personalidad, sobranle génio y facultades para llegar gloriosamente al término de una carrera con tan buenos auspicios comenzada.

El cuadro del Sr. Sala representa un episodio de la vida agitada y turbulenta del príncipe Carlos de Viana, hijo de D. Juan II de Navarra y Aragón. El pintor ha elegido sin duda el momento en que enemistado de nuevo con su padre, que ya le había perdonado el acto de rebelión intentado para usurparle la corona, el príncipe es reducido segundo vez á prisión por orden del monarca, á consecuencia de sus pretensiones á la mano de la infanta de Castilla que despues fué apellidada Isabel la Católica.

El cuadro del Sr. Sala es una obra muy imperfecta: tiene grandes defectos de dibujo, de tonalidad, de perspectiva aérea y lineal. Los brazos y manos suplicantes del príncipe tienen tal tirantez y tal dureza de líneas, que más que la copia del natural parecen la de un maniquí de palo. Los términos están mal entendidos: hay en los últimos planos figuras que aparecen de la mitad del tamaño de las principales, y cuyas cabezas están demasiado detalladas para la distancia considerable que las separa del primer término. Hay en esto falta de proporción y de ambiente.

Además se descubre en el cuadro del Sr. Sala un deliberado propósito, no sólo de imitar la manera de un conocido pintor, si no hasta de copiarle ciegamente; y este es el mayor vicio en que puede incurrir un artista que empieza á desenvolver sus facultades. El Sr. Sala debe evitarlo en lo sucesivo, si no quiere resignarse á la humilde mediocridad de los pintores que aceptan una perpetua dependencia, ofreciendo en sus obras la continua reproducción de un modelo; y á este propósito le repetiremos lo que decía Miguel Ángel de los artistas dados á la imitación: «El que camina en pos de otro, nunca le pasará delante... Tan cierto es esto, que apesar de los defectos propios de una incompleta educación artística, y de la falta de práctica y de madurez en que abunda la obra del Sr. Sala, defectos que compensa por otra parte la fuerza notable con que está expresado el asunto, *La prisión del príncipe de Viana* tendría, como primer ensayo, mayor significación artística, si no demostrase en la manera una abdicación tan patente del propio génio. Esta falta de originalidad desdice lo que en el cuadro del Sr. Sala puede llamarse exclusivamente suyo; esto es, lo que pertenece á esa parte exclusiva del arte que no se copia ni se transmite: el sentimiento, la expresión. Las dos figuras principales del cuadro del Sr. Sala son notables en este sentido: las cabezas y las actitudes del rey y del príncipe, apesar de la dureza de líneas que hemos hecho notar en la segunda de estas figuras, y de su falta absoluta de nobleza, tienen la expresión propia y enérgica de los afectos que animan á los personajes; pero esta cualidad superior del talento del artista está privada de una forma propia de manifestación. En una palabra, en el cuadro del Sr. Sala las bellezas son el producto de su propia inspiración y anuncian una cualidad muy sobresaliente y muy digna de estímulo: el sentimiento. Su cuadro es uno de los pocos en que el asunto está expresado con fuerza y con ingenuidad, y esto es muy digno de tenerse en cuenta en estos tiempos de lamentable plasticismo, en que los procedimientos materiales, las excelencias de la forma, son consideradas, por lo común, y en menoscabo del fondo, de la idea, de la expresión moral, como objeto preferente del arte. Bajo este punto de vista, *La prisión del príncipe de Viana*, con todos sus defectos, está en el gran camino: si el vigor de concepción, si el fuego que el Sr. Sala nos ha dejado entrever en su primera obra encuentran la condición esencial que la fuerza necesita para desarrollarse, es decir, la independencia; si al propio tiempo que ensancha el límite de sus conocimientos, abandona el camino de la imitación, desde ahora le decimos que el sitio que le está designado en el movimiento que presenciarnos, es el de los pintores que desde mayor altura y con mejor inspiración consideran y comprenden la misión del arte.

Por desgracia vemos morir en flor tantas y tan altas esperanzas; son tantos los artistas que hemos visto caer en los limbos de la mediocridad despues de tender un momento las alas en el espacio, como impulsados por un soberano aliento, que ya no saludamos con ciega fé los albores del génio por brillantes y deslumbradores que parezcan. Ejemplo lastimoso de esta verdad es la historia artística del Sr. Gisbert. ¿En qué han venido á parar aquellos espléndidos augurios con que las lenguas de la fama saludaron los primeros pasos de este pintor? ¿Cómo ha realizado el Sr. Gisbert las brillantes aspiraciones que nos hicieron concebir *Los comarques* y *El desembarco de los protestantes*? ¿Cómo ha desarrollado las fuerzas de aquel número artístico, mal orientado aún; pero grandioso por la aspiración, que le colocó en el camino de la gloria y le granjeó los primeros aplausos?

La Exposición de 1871 responderá á estas preguntas con desconsoladora elocuencia. ¿Fenómeno singular! El Sr. Gisbert, el pintor que ha representado uno de los más importantes papeles en la revolución artística de estos últimos tiempos, el adalid de la restauración en 1858, se presenta en el certamen de 1871 con todos los caracteres de la decadencia en que por espacio de dos siglos ha estado sumido el arte, y contra la que tan esforzadamente ha combatido. Las obras que el señor Gisbert ha llevado á la Exposición marcan un retroceso tan grande como inesperado. Un estilo afeminado, laborioso, lamido; una pueril afectación del accesorio; un color lánguido y desabrido; un lastimoso amaneramiento en la forma, y una absoluta falta de sentimiento en la concepción: tal es el espectáculo que nos ofrecen los retratos del Sr. Gisbert que figuran en la Exposición con los números 197, 198 y 201. El austero número de *Los puritanos* y del *Saplicio de Padilla* ha cubierto su rostro varonil con los afletes de la melancolía. Los retratos del Sr. Gisbert irán á aumentar esa inmensa galería de familia en que ha querido perpetuar los desleídos rasgos de su fisonomía la generación de pintores medianos que ha representado la decadencia del arte desde Goya á nuestros días. La filiación es legítima, indeclinable; es la misma negación de cualidades viriles, la misma genialidad degenerada y sin carácter, el mismo estilo lánguido y trabajoso.

Si á estas dotes negativas unimos un dibujo incorrecto y una fatal tendencia á la porcelana, habremos determinado el carácter de otro cuadro del Sr. Gisbert, número 200, que el catálogo designa con el título de *Paolo y Francesca*. Representa un célebre pasaje de *La divina comedia*, y el pintor, como si de propósito hubiera querido hacer notar el contraste que resulta entre la ateminada compostura de la imagen realizada por el pincel y la concepción vigorosa del Dante, cita en el Catálogo el texto del gran poeta de aquel cantor de lo terrible, en cuya lectura se nutria el génio genuino de Miguel Ángel. No ha tenido mucho mejor intérprete Cervantes en el autor de *Los comarques*: el cuadro número 199, que representa á *Don Quijote en casa de los duques*, es más correcto, menos convencional y está mejor compuesto; pero adolece de una falta imperdonable de carácter en los tipos inmortales en que el gran escritor personifica tan maravillosamente la face naturaleza humana, idealista y soñadora, en lucha con la realidad de la vida, y á su lado el sentido vulgar en la plenitud de su ingenua rudeza, conteniendo á cada paso los arranques generosos del entusiasmo, y dejándose contagiar á veces de sus nobles y ardientes impulsos. El cuadro se resiente además de la misma estéril minuciosidad y del mismo estilo insípido que hemos hecho notar en las demás obras de este artista.

No es solo el Sr. Gisbert el pintor coronado que se ha presentado al concurso en completa decadencia. El Sr. Puebla es otro de los artistas que han defraudado esperanzas muy risueñas. Su cuadro *Las hijas del Cid* es frío de expresión, incorrecto y afectado en el dibujo, especialmente de la figura que está tendida al pie del árbol, pueril y rebasado en los efectos del claro oscuro, como se ve en el inoportuno foco de luz filtrada entre las hojas con que el pintor ha jaspeado el seno de la que está de pie, falta de vigor en el colorido, y sobre todo, pintado en un estilo exótico, sin grandezas ni solidez, que recuerda involuntariamente la estampa iluminada. Algunos de estos defectos de ejecución podrían encontrar indulgencia si el Sr. Puebla hubiera expresado el asunto; pero ¿quién reconoció en aquellas dos figuras que exhiben su belleza con aséptica afectación, el sentimiento del pudor ultrajado, el dolor que debieron experimentar las hijas del Cid al verse de aquel modo vilipendiadas por sus maridos? Más que mujeres cristianas sujetas á tan dura prueba en su pudor y en su dignidad, víctimas de un atentado

tan brutal contra sus derechos de esposas, *Las hijas del Cid* del Sr. Puebla podrían dar la idea de dos ninfas del séquito de Diana, castigadas por haber puesto los ojos en el pastor Endimion.

No es más feliz en el carácter, aunque si más enérgico en el color y en el estilo, el cuadro 338, en que el pintor D. Ramon Rodríguez ha intentado reproducir dos personajes inmortales de Shakspeare: Otelo y Desdémona. Es empresa escabrosa para el pintor animar por medio de la imagen sensible esos tipos eternamente humanos en que la fantasía del poeta ha encerrado un gran ideal. En esa dificultad se ha estrellado el Sr. Gisbert al convertir en una figurilla convencional la gran personificación de D. Quijote, y ese mismo escollo es el que no ha podido salvar al Sr. Rodríguez en el cuadro á que nos referimos. Otelo es la más alta expresión de la energía humana agitada y trastornada por el fuego más intenso y más indómito de la pasión; y todo lo que no sea animar en el lienzo esta creación del poeta, es intentar una empresa superior á las propias fuerzas. El Sr. Rodríguez ha pintado un mero innoble y vulgar enamorado á una cristiana, lo mismo que el Sr. Gisbert, en el cuadro que titula *Paolo y Francesca*, ha pintado una escena entre dos enamorados; pero ni los unos son Otelo y Desdémona, ni los otros Paolo y Francesca; ni el Sr. Gisbert ha interpretado al Dante, ni el Sr. Rodríguez á Shakspeare.

Prescindiendo, pues, del asunto, el cuadro de este último pintor se distingue por un colorido y un empaste vigorosos que recuerdan el estilo grandioso y sin idealidad de los grandes naturalistas; y estas mismas condiciones volvemos á encontrar en un lienzo de grandes proporciones (número 437), que el Sr. Rodríguez titula *La junta de Cádiz en febrero de 1810*. Pero en este último cuadro el pintor ha empleado con menos acierto sus facultades, presentándonos una composición poco feliz, confusa, sin perspectiva y en la que el sentimiento no corresponde á la energía del toque y del estilo.

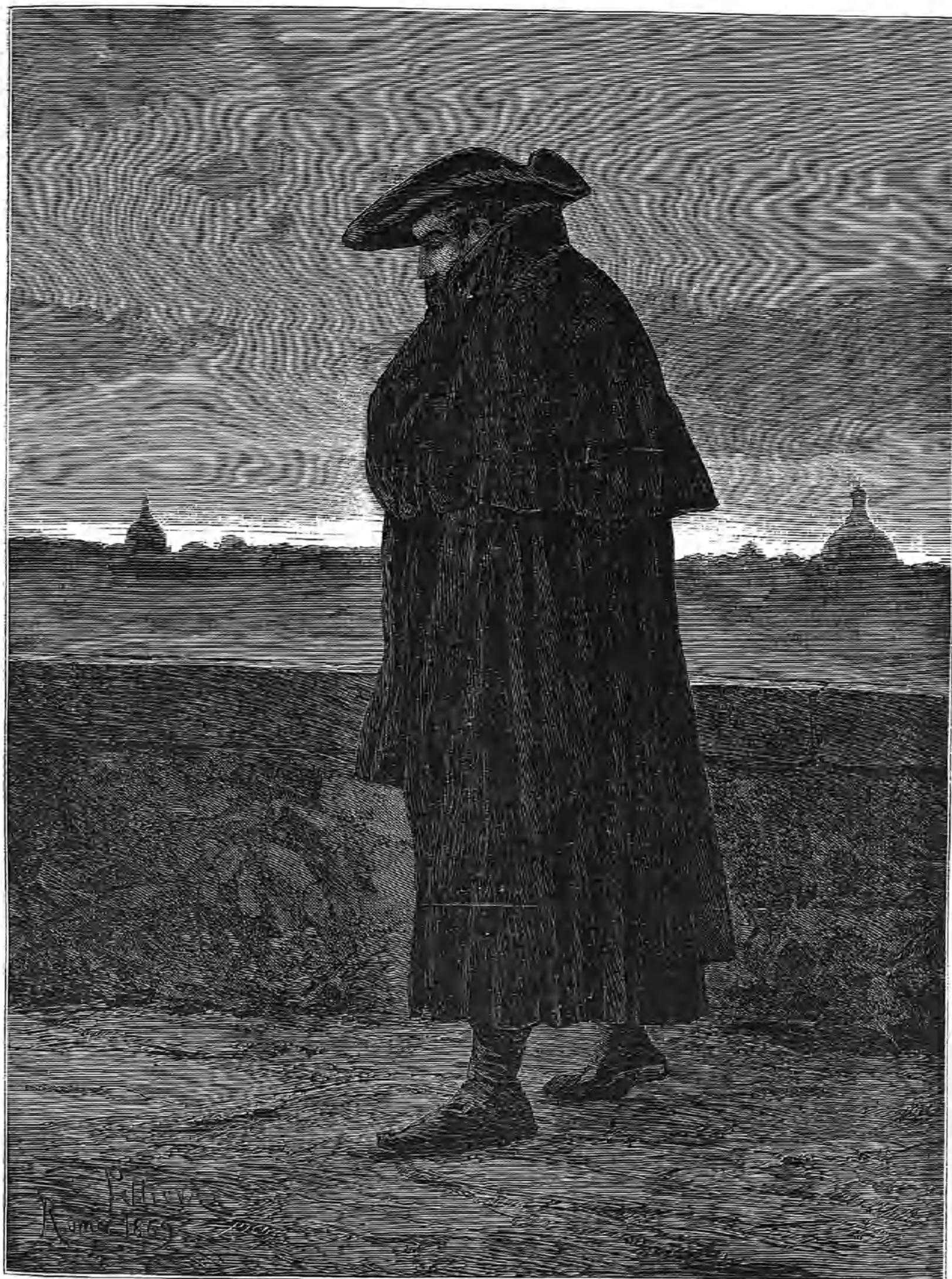
Más sentido y más feliz nos parece el cuadro número 441 del mismo autor, titulado *El expósito*, en el cual volvemos á encontrar la manera sólida del Sr. Rodríguez sin la dureza y la falta de concierto, de sentimiento y de unidad que se observan en el cuadro anteriormente citado.

Entre los pintores laureados de quienes se esperaban obras más capitales que las que han llevado á la Exposición, obras que marcaran un desarrollo de facultades y un grado de madurez proporcionados á la importancia de los principios, debemos mencionar al Sr. Vera (D. Alejo), autor del cuadro número 664, cuyo asunto es *La comunión de los antiguos cristianos en las catacumbas de Roma*. El Sr. Vera no se ha mostrado en esta obra superior á las que han echado los cimientos de su reputación artística, y esto, ya de por sí, le coloca en una situación desventajosa entre los pintores que se han distinguido en la Exposición. Su cuadro se hace notar por el carácter de unión que el pintor ha sabido imprimir al asunto y que se refleja con gran suavidad y dulzura en los semblantes de todos aquellos cristianos que en actitud reverente esperan el pan de la Eucaristía. Sin embargo, esta belleza general se resiente de una gran monotonía: no parece sino que el Sr. Vera ha tomado todas sus cabezas de un mismo modelo, según el aire marcadísimo de familia que en ellas se observa. En todas domina el mismo tipo, idénticos rasgos, la misma unión apacible y serena, la misma dulzura imperturbable. Esta falta de contraste imprime á la composición un carácter de uniformidad, una monotonía de sentimiento que ha debido evitar el Sr. Vera. Lo mismo acontece con el tono y el color, en los cuales á fuerza de querer ostentar finura y delicadeza, el artista incurra en la misma vaguedad y en la misma falta de contraposición que hemos notado al hablar del dibujo y la expresión. La manera como está iluminado el cuadro es prestaba á grandiosas oposiciones de claro oscuro que hubieran ayudado al efecto pintoresco de la composición, modelando las figuras y los objetos, que adolecen de falta de relieve, y dando ambiente y grandeza á los fondos. Pero el Sr. Vera, por dar idealidad y finura al color y á la entonación, ha caído en los vicios á que son ocasionadas estas cualidades; esto es, la frialdad y la falta de modelado. El defecto, pues, del cuadro del Sr. Vera, así en lo que se refiere al dibujo, á la disposición y al carácter de la composición, como en lo relativo á la entonación, al colorido, al claro oscuro y á la manera, es una armonía lánguida y monótona á la cual no pueden servir de compensación suficiente las bellezas de expresión que hemos notado al principio.

Las obras no responde, pues, á lo que se esperaba de un artista cuyos cuadros han figurado en primera línea



EXCMO. SEÑOR DON MANUEL RUIZ ZORRILLA.



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE PINTURA.

EL PRETE.—BOCETO PINTADO POR DON JOSÉ LUIS PELLICER, DIBUJO DEL MISMO.—ESTE BOCETO ES PROPIEDAD DE DON RAFAEL GARCÍA.

en otras exposiciones; y por más que nos sea sensible consignar otra decepción de las muchas que nos ha proporcionado el actual certámen, hemos de reconocer que no es en el alto género, ó sea en la pintura histórica, en el que el Sr. Vera ha descolgado en el concurso de 1871. Para tributarle méritos condicional aplauso hemos de buscarle en otra esfera más humilde del arte.

Sus interiores pompeyanos, números 565 y 567, son en su clase obras acabadas y de indisputable belleza; quizá las más notables que en este género se han presentado al concurso. Todo es digno de elogio en aquellos cuadros de pequeñas dimensiones, pero pintados con gran arte, en que su autor nos da una imagen tan animada, tan pintoresca y tan graciosa de la vida elegante de Pompeya. Pero este triunfo no puede satisfacer la ambición de un artista que ha aspirado con tan general aplauso á otros más difíciles y más gloriosos laureles.

PEREGRIN GARCÍA CADENA.

MELILLA.

Este presidio, al que los africanos llamaban Melilla (melosa) por la abundancia de cera y miel que se producía en los alrededores, los cuales, por lo florido, tomaban el nombre de El Ginsá (jardín), es el más oriental de los tres menores que España posee en la costa africana. Asentada la ciudad sobre una pequeña península unida al continente marroquí á los 35 grados, 20 minutos, 50 segundos de latitud N., y á los 3 grados, 22 minutos, 38 segundos de longitud E. desde el meridiano de San Fernando, dista treinta y ocho leguas de la costa de Motril y cincuenta leguas de cada una de las ciudades de Oran y Ceuta, situadas respectivamente á Levante y Poniente de dicho presidio.

El partido ó provincia de Alcahía (Kalia), cuya capital fue Melilla, extiende su jurisdicción por la costa hasta once leguas al O. y nueve al E. de dicha plaza, entrando siete leguas tierra adentro hasta la falda de una alta montaña llamada el Caramú. Esta provincia la habitan ocho kabilas que, con otras de los partidos inmediatos, se supone pueden poner al frente de la plaza, en el término de diez horas, 24,000 infantes y 400 caballos, número que siempre hemos creído exagerado; pero no así el de 6,000 hombres que según varios escritores es fácil reunir en menos de seis horas sin más que hacer las señales oportunas por los jefes encargados de señales que, consistiendo en encender grandes hogueras en puntos convenidos desde los tiempos más remotos, sirven á la vez para poner en guardia á los defensores.

Las kabilas toman los nombres de Mazuze, Benigbuguiar ó Botoya, Benisicar ó Benihuyagamar, Benisidel, Benibugiforon, Quibdarra, Benillexis y Benisic; las cinco primeras hacen una guerra constante á la plaza, relevándose sucesivamente en la guardia permanente que conservan en el campo fronterizo.

La kabila de Mazuze, que puede disponer de 2,900 hombres, entre los cuales hay 60 de caballería, es la más temible para la plaza; pues siendo la que habita á su inmediación conoce perfectamente los caminos, veredas y puntos por donde pueden entrar hasta los mismos fosos. Tiene también la circunstancia de pertenecer á ella nuestros confidentes, y como es de presumir, estos serán dobles dando aviso á sus hermanos de todas cuantas noticias puedan adquirir sobre el estado de la plaza, guarnición, abastecimientos y lo demás que sea conveniente para sus planes destructores.

De las otras cuatro kabilas que ayudan á la de Mazuze, la de Benigbuguiar dispone de 1,500 hombres, la de Benisicar de 2,500, entre los cuales 10 de caballería, la de Benisidel de 1,800 infantes y 60 caballos, y la de Benibugiforon de 1,500 de los primeros y 60 de los segundos. Como para los casos extraordinarios se reune á éstas la kabila de Quibdarra, fuerte de 1,000 hombres de infantería y algunos de caballería, se ve con qué facilidad puede venir en muy poco tiempo sobre la plaza un ejército de 10,500 infantes y 265 caballos próximamente, que si á lo valiente y cando reuniera la instrucción, disciplina y organización necesarias á todo ejército, harían muy comprometida la defensa, encomendada á un puñado de hombres encerrados en unas malas fortificaciones y sin el completo de los recursos que son precisos en semejantes casos.

El surgidero de Melilla está al Sur de la plaza y sólo puede servir para goletas, jabeques, misticos y otros barcos pequeños, pues las embarcaciones de algun porte tienen que fondear á mayor distancia hacia el E., y siempre dispuestas á hacerse á la mar al primer indicio

de Levante, pues cuando soplan esta clase de vientos no necesitan ser muy recios para hacer imposible, sin grave riesgo, la permanencia en el fondeadero. Con estas condiciones fácil es ver lo comprometido de la posición de la plaza, acreada por enemigos muy osados y sin esperanza alguna de socorro en ciertas épocas del año, pues hay veces que se pasan quince, veinte días y aun un mes sin poder arribar buque alguno. Ya ha experimentado la plaza angustias de éstas en diferentes épocas, y entre otras en el famoso sitio de 1774, en el cual, habiéndose presentado á la vista de los defensores el día 17 de diciembre la escuadra que conducía socorros para la escasa y mal provista guarnición, tuvieron el dolor de ver volverse á los barcos sin dejar auxilio alguno, por impedirlo el grueso temporal, que duró hasta el 3 de enero, en cuyo intervalo pasaron toda clase de privaciones y peligros, estando la plaza muy á punto de ser tomada.

Es Melilla ciudad muy antigua, fundada por los africanos, y fué en sus primeros tiempos muy populosa, pues contaba diez mil casas dentro de sus muros y un cabeza de un señorío de dilatada jurisdicción. Sus moradores se empleaban en el comercio de oro y hierro que extraían de las minas en que se dice abunda el país, así como en la venta de perlas que recogían en el inmediato golfo. Los romanos la poseyeron y después pasó á los godos, hasta que los árabes, signiendo sus conquistas en Africa, la rindieron poco antes que á España y la fomentaron notablemente, estableciendo en ella diversas fábricas y reanimando el abatido comercio.

Apoderado de Melilla el kalifa cismático del Casan y pasado algun tiempo se dedicaron los naturales al arte de navegar, armando flotas y galéotas en las que salían á corsear sobre las costas de Europa, llegando á ser tal el número y osadía de estos piratas y de tanta consideración los perjuicios que ocasionaban á España, que hubo necesidad de tratar de poner inmediato remedio. Al efecto, y bajo el reinado de los Reyes Católicos, salió del puerto de Sanlúcar de Barrameda en el mes de setiembre de 1498, con destino á la conquista de Melilla, una escuadra con 5,000 infantes y alguna caballería, bien provista de armas y provisionada de cal y maderas para edificar, todo al cargo y dirección de Pedro Estopiñán, escudero de D. Juan de Guzman, duque de Medinaceli.

Tuvieron aviso los moros de que se preparaba esta expedición y pidieron socorro á Mulay-Mohamet Oraci, rey de Fez, quien, no pudiendo auxiliarlos en persona por hallarse empeñado en una guerra con los moros de la provincia de Temeserra, les envió un alcaide muy valiente con 500 caballos; pero los españoles lograron desembarcar en la noche del 17 de setiembre, y aprovechando la oscuridad apoderarse de la plaza sin oposición alguna, gracias á encontrarse en el mayor abandono y en parte destruidas las antiguas murallas. Al amanecer, viendo á los enemigos apoderados de los puntos importantes y con el estruendo de las cajas y descargas de artillería, cobraron los moros tanto temor que se pusieron en precipitada fuga, abandonándolo todo y retirándose á Quibdarra, donde aún se distingue á sus descendientes con el nombre de "los de Melilla."

Después de la toma quedó por alcaide ó gobernador de la plaza Gomez Suarez, quien se ocupó principalmente en reparar las defensas, dándole mucho menor desarrollo que el que antes tenían y originando una fortaleza en lo más alto del recinto para que sirviera á la vez de ciudadela y atalaya, dominando al propio tiempo una altura denominada del Cubo que existe á la inmediación de la plaza y que más adelante se ocupó con el actual fuerte de Victoria Grande. Dicha fortaleza tomó el nombre, que aún hoy conserva, de batería de la Concepción.

El título de ciudad que usa Melilla, no se sabe si data de la época de la conquista ó fue origen de algun privilegio posterior; sólo sí puede asegurarse que es muy antiguo, toda vez que en el primer libro de hantismos que se conserva en el archivo eclesiástico de aquella localidad, cuyo libro comprende los años de 1591 á 1613, ya figura con dicho título desde las primeras hojas. Con fecha 5 de julio de 1568 se expidió una bula pontificia por la cual se autoriza á los arzobispos de Sevilla, Palermo y obispo de Málaga, para nombrar los tres, dos de ellos, ó uno sólo, á los vicarios y curas que fueren precisos á las iglesias de la ciudad de Melilla, Peñón y demás fortalezas construídas en terrenos de los infieles, y otras que con el tiempo se ganasen.

Desde la toma de Melilla hasta el 7 de julio de 1656 poseyó esta plaza el duque de Medinaceli con el título de capitán general de ella, según contrato celebrado con los Reyes Católicos, y durante dicho tiempo proveía libremente todos los empleos, excepto el de ve-

edor ó contador, que era de real nombramiento. En dicho día, habiendo terminado el plazo del contrato, pasó la plaza á depender de la corona, y la princesa doña Juana de Portugal, como reina gobernadora á nombre de D. Felipe I, dictó las primeras instrucciones y órdenes para el gobierno político y militar de la colonia al capitán general de los ejércitos D. Alonso de Urrea.

Las primeras noticias que se tienen de obras de fortificación despues de las del tiempo de la conquista datan del año 1523. En un documento existente en el archivo de Simancas, consta que en 20 de diciembre del referido año se expidieron unas instrucciones al veedor Juan de Ipinza para que averiguase lo gastado en el atajo mandado hacer por el emperador para la mejor defensa de la plaza; puesto que debiendo haberse terminado las obras en dos ó tres años, habían ya pasado cinco ó seis sin tener ni siquiera noticias de ellas. No debieron entonces adelantarse mucho cuando en 1530 se mandaron proseguir, y en 1533, por cédula dirigida á Rodrigo de Cervantes (se le cree padre de Miguel de Cervantes), pagador de las obras de Melilla, se le manda entregar todos los materiales á Sancho Escalante, maestro de cantería de la ciudad de Granada y nuevo contratista de las expresadas obras, cuyo contrato, que lleva la fecha del 10 de diciembre, se halla también entre los documentos del citado archivo; así como otro escrito fechado en Monzon el mismo día y firmado «Suazola» que lleva por epígrafe: «Memorial de la fábrica de las obras de Melilla que S. M. manda hacer», en el cual se detallan aquellas, una á una, fijando el alto, grueso y talud que han de tener todos los muros, espesor de terraplenes y número de troneras para artillería. Estas obras terminaron en 1541, y consta también la medición hecha de todas ellas para dar por terminado el compromiso del contratista, así como el reconocimiento de las mismas, encomendado al capitán Francisco de Tejada.

Las dimensiones que entonces resultaron para la plaza de Melilla, según otro documento del mismo archivo, son: circunferencia por donde va el muro de cerca dos mil cuatrocientos cincuenta pies castellanos; dimensión en el sentido Norte-Sur, mil seiscientos diez y ocho pies; idem de Levante á Poniente, seiscientos treinta pies; dimensiones que son las mismas de la actual ciudad.

Poco tiempo despues se emprendieron nuevas obras de defensa, propuestas en 21 de marzo de 1549 por el capitán Miguel de Perez, las cuales consistían en el ensanche de algunos torreones, dar más elevación á los muros, construir unos revellines para la protección de las puertas, abrir un foso para dar más fuerza al recinto y otras varias importantes, que se terminaron en un plazo de cuatro años.

En 1600 se construyó la muralla real y todo lo que hoy constituye el primer recinto, que está muy estropeado por el cañon enemigo y por el de la plaza, así como por las injurias ocasionadas por el tiempo. En 1680 se empezó la construcción del segundo recinto y á principios del siglo XVIII la del tercero; erigiéndose, por fin, desde 1730 á 1770 diferentes fuertes exteriores que, ligados primero por estacadas y hoy por muros de fábrica dispuestos para fusilería, constituyen el cuarto y último recinto.

Todas las fortificaciones se hallan en bastante mal estado, hasta el punto de que sería imposible resistir con ellas muchos días á un ejército regular provisto de los poderosos medios ofensivos de que hoy se dispone. Una gran reforma necesitan las actuales defensas para que cumplan con su objeto, evitando de una vez para siempre las tentativas hechas sin interrupción por los moros para recuperar la plaza, y permitiendo disponer en pleno dominio del terreno exterior que nos pertenece. Todos los trámites oficiales están terminados hace algunos años; el proyecto, económico relativamente, se halla ultimado y aprobado por el Gobierno no falta más que realizarlo; pero desgraciadamente el estado del Tesoro público ni lo ha permitido hasta la fecha, ni parece presumible lo permita en mucho tiempo. Y sin embargo, si Melilla ha de conservarse no habrá más remedio que hacer este sacrificio alguna vez ó proseguir la constante lucha que venimos sosteniendo hace cuatro siglos, lucha que si en cien ocasiones ha demostrado al mundo el valor y sufrimiento de nuestro ejército, no ha reportado en cambio beneficio alguno material á la nación, habiéndose derramado sin provecho la sangre de gran número de españoles.

Creemos, pues, que es llegado el caso de resolver definitivamente la cuestión planteada por primera vez en 1567 acerca de si España debe conservar ó abandonar dicha posesión. En el segundo caso, lévase á cabo desde luego el abandono y no se siga gastando hombres y dinero en mantener lo que hoy por hoy no da honor ni provecho; en el primero, hágase los sacrificios que sean

precisos para evitar de una vez los males que nos aquejan hace tanto tiempo.

Volviendo ahora al punto de que nos hemos apartado por un momento, diremos que antiguamente, es decir, en el siglo XVI, y á la distancia de 800 á 1.100 metros del recinto, poseíamos unos fuertes avanzados que, vigilando las inmediaciones y avenidas de la plaza, impedían las sorpresas. Estos fuertes, denominados de San Lorenzo, la Cantera de Santo Tomás, San Pedro de la Albarrada, San Francisco y Santiago, fueron objeto constante de los ataques de los moros, sufriendo muchísimo sus guarniciones en diferentes épocas, hasta que por fin después de varios intentos consiguieron apoderarse de ellos, cargando un considerable número de enemigos sobre la pequeña guarnición de dichos redutos, (25 hombres el que más) á la cual pasaron á cuchillo.

La mayor parte de los datos que existen sobre los ataques de los moros proceden del archivo eclesiástico de la ciudad de Melilla, y están tomados del libro de difuntos que empieza en el año 1658 y termina en 1695. En este libro, al anotar las partidas de defunción de los que morían en función de guerra, se tomaron el cuidado de hacer una ligera reseña del hecho que había ocasionado la muerte, y por estos documentos, curiosísimos para la historia de Melilla, se sabe que el fuerte de la Cantera ó de Santo Tomás se perdió en 1667, el de la Albarrada ó de San Pedro en 1670, el de San Lorenzo en 1678, y al año siguiente los de San Francisco y Santiago. Los dos primeros, que estaban más cerca de la plaza, pues se hallaban situados próximamente sobre lo que hoy es cuarto recinto, se recobraron y reedificaron en 1670; pero los tres últimos no pudieron recuperarse, y sus ruinas son hoy los puntos que ocupan los moros cuando hostilizan á la plaza, causándole desde ellas muchísimo daño.

No podemos resistir al deseo de copiar textualmente un documento en que se da cuenta de la pérdida de uno de dichos fuertes avanzados, para que nuestros lectores puedan formarse una idea de lo que era en aquel tiempo, y es hoy próximamente, la guerra que nos hacen las tribus rifeñas.

«Día 31 de agosto de 1679: vino gran muchedumbre de moros á sitiar el fuerte de Santiago y habiéndolo atacado lo miraron de forma que lo tenían quasi en el aire; los soldados nuestros que lo defendían pelearon valerosamente hasta el 14 de setiembre del mismo año y dándoles los enemigos un humazo por bajo de tierra que duró el espacio de dos horas, al cabo se les cayó un lienzo del fuerte, por cuya brecha y otras partes entraron los moros con escalas formadas de cañas, llenas de cólera, espada en mano, sin dar cuartel á nadie, y así fueron víctimas del sacrificio 25 cristianos que había en la guarnición. Cantada la victoria por ellos enviaron un moro de Paz con recado al gobernador fuese por aquellos cuerpos, que merecían sepultura, hombres que tan bien habían peleado; pero éste no creyó la oferta, antes se tendió al número de los moros y dudó con razón de la poca seguridad de sus palabras por lo que no resolvió mandar por ellos.»

Este furor en el ataque era siempre el mismo, y la guarnición, compuesta cuando más de 1.000 á 1.200 hombres, escaramento podía hacer otra cosa que defenderse detrás de las murallas y procurar contener el ímpetu de los enemigos. Y así á estas luchas que se sucedían casi sin interrupción, se agrega el abandono en que se ha tenido generalmente á las posesiones de Africa, fácil es comprender la felleidad de que disfrutaba el pobre defensor de tan insignificante posición.

Acercas del abandono en que antiguamente se tenía á dicha plaza, citaremos unas palabras del informe dado en 1867 á Felipe II por Juan Andrea Doria, en cuyo escrito, después de dar cuenta del mal estado en que se hallaba Melilla, añade: «preguntando la causa, Pedro Vaneegas me ha respondido que es de no proveerse ni de dineros ni de otras cosas necesarias que ha perdido muchas veces.» En 14 de noviembre de 1642 se escribía por el gobernador á la corte que «la plaza estaba expuesta á perderse por la continua escasez de víveres á causa de haber tres años que venían tan pocos, que cuando salía la embarcación que los conducía se habían á estaban ya acabando; y que en el día quedaban solos cuatro quintales de víscoco que había para catorce días á seis onzas por persona.» Estos no son hechos aislados: el descuido era constante, pues en 23 de octubre de 1652, 3 de junio de 1657, 8 de diciembre de 1691 y 31 de julio de 1699 expuso dicha plaza á la corte «las necesidades que padecía por las que se contemplaba próxima á perderse por hambre á causa de tener solo pan y aceite que se distribuía á ocho onzas de Maxamorra por ración.» En 15 de diciembre de 1693 se avisó «el estado miserable en que quedaba la plaza

«aguardando por horas una fatalidad por haberse consumido el repuesto de víveres hasta el punto de haber barrido los almagas.» Lo mismo sucedió en 1680, 1682, 1711, 1712, 1714, 1727, 1738 y lo mismo en repetidas ocasiones que sería prolijo enumerar, causando verdadera compasión la lectura de los escritos en que se daba cuenta al rey del estado angustioso de la plaza. Esto, por fortuna, no sucede en nuestros tiempos, pues si bien á Melilla le falta mucho para estar como debiera, no existe por lo ménos el peligro de que, en circunstancias normales, puedan sus defensores parecer de hambre.

Ya hemos dicho que la lucha con los moros era constante y tenaz, siendo cortos los intervalos de descanso que se disfrutaban; pero en algunas épocas se recrudecía aquella, y entonces los peligros, privaciones y molestias de todo género aumentaban considerablemente. Una de estas épocas fué la comprendida entre los años 1643 á 1737, ó sea durante el reinado de Mulay Ismael, pues en ella llegó al mayor extremo el odio de los marroquíes, multiplicaron sus ataques y dirigieron cinco sitios formales contra la plaza. Desde la muerte de aquel monarca, hubo alguna más tranquilidad y sobre todo no volvieron á intentar poner nuevos sitios á la plaza, hasta el famoso de 1774, que duró desde el 9 de diciembre hasta el 20 de marzo del año siguiente. El ejército sitiador, fuerte de 30.000 hombres, al mando del emperador de Marruecos, mantuvo con energía los ataques, siendo lo más notable de este sitio la guerra de minas que se hizo por una y otra parte, manejando las fogatas y hornillos de todas clases con suma habilidad, y empleando toda clase de astucias tan comunes en este género de guerra. Fueron tan bien concebidas y ejecutadas las maniobras subterráneas del enemigo, que se supone con algun fundamento debieron estar dirigidas por algun ingeniero francés ó italiano, confirmando esta opinión los planos que hemos visto de dichos trabajos, copiados de los originales existentes en el archivo de Simancas. Apesar de todo, consiguieron los españoles llevar la mejor parte, destruyendo todos los trabajos del atacante antes de que éste tuviera tiempo de hacer uso de ellos, y enterrando diferentes veces entre los escombros al minador enemigo. Al empezar el sitio, la guarnición era escasísima y como de costumbre mal aprovisionada; el gran temporal entonces reinante impidió arribar los recursos de todo género que se enviaron de España, y hasta el día 3 de enero no fué posible hacer el desembarco, con cuyo auxilio aumentada la guarnición hasta 1.700 hombres de infantería, 120 artilleros y 300 penados á quienes se dieron armas, pudo resistir con energía y vigor los duros ataques del enemigo. Hubo también de notable en este sitio, que habiéndolo emprendido el emperador por consejo de Sidy Botey, quien le aseguró la fácil conquista de la plaza por el mal estado en que se encontraba, viendo á los pocos días las dificultades cada vez mayores que se le ofrecían, mandó cortar las manos al expresado consejero, y cargándole en un mortero las envió á la plaza. Durante los 27 días de sitio, se abrió Melilla 4.500 disparos de cañon y 8.500 de mortero, los cuales causaron grandes destrucciones en la población y fortificaciones.

(Se concluirá.)

ANTONIO ROX.

LA NOVELA EN EL TRAMVIA.

I.

El coche partía de la extremidad del barrio de Solamancas, para atravesar todo Madrid en dirección al de Pozas. Impulsado por el egoísta deseo de tomar asiento antes que las demás personas movidas de iguales intenciones, eché mano á la barra que sustenta la escalera de la imperial, puse el pie en la plataforma y subí; pero en el mismo instante ¡oh improvisión! tropecé con otro viajero que por el opuesto lado entraba. Le miro y reconozco á mi amigo el Sr. D. Dionisio Cascajares de la Vallina, persona tan inofensiva como discreta, que tuvo en aquella crítica ocasión la bondad de saludarme con un sincero y entusiasta apretón de manos.

Nuestro inesperado choque no había tenido consecuencias de consideración, si se exceptúa la abolladura parcial de cierto sombrero de paja puesto en la extremidad de una cabeza de mujer inglesa, que tras de mi amigo intentaba subir, y que sufrió, sin duda por poca agilidad, el rechazo de su bastón.

Nos sentamos sin dar á aquel percance exagerada importancia, y empezamos á hablar. El Sr. D. Dionisio Cascajares es un médico famoso, aunque no por la profundidad de sus conocimientos patológicos, y un hom-

bre de bien, pues jamás se dijo de él que fuera inclinado á apropiarse lo ajeno ó á matar á sus semejantes por otros medios que por los de su peligrosa y científica profesión. Bien puede asegurarse que la amabilidad de su trato y el complaciente sistema de no dar á los enfermos otro tratamiento que el que ellos quieren, son causa de la confianza que inspira á multitud de familias de todas jerarquías, mayormente cuando también es fama que en su bondad sin límites presta servicios ajenos á la ciencia, aunque siempre de índole intachablemente honesta.

Nadie sabe como él los sucesos más importantes que no pertenecen al dominio del público, ni ninguno tiene en más estopendo grado la manía de preguntar, si bien este vicio de exagerada inquisitividad se compensa en él por la prontitud con que dice cuanto sabe, sin que los demás se tomen el trabajo de preguntárselo. Júzguese por esto si la compañía de tan hermoso ejemplar de la ligereza humana será solicitada por los curiosos y por los lenguarues.

Este hombre, amigo mío como lo es de todo el mundo, era el que tenía sentado junto á mí cuando el coche, resbalando suavemente por su calzada de hierro, bajaba la calle de Serrano, deteniéndose alguna vez para llenar los pocos asientos que quedaban ya vacíos. Incomos tan estrechos que me molestaba grandemente el paquete de libros que conmigo llevaba, y ya le ponía sobre esta rodilla, ya sobre la otra, ya por fin me resolví á sentarme sobre él, temiendo molestar á la señora inglesa, á quien cupo en suerte colgarle á mi siniestra mano.

—¿Y Vd. á dónde va ahora? me preguntó Cascajares, mirándome por encima de sus espejuelos azules, lo cual me hacía el efecto de ser examinado por cuatro ojos.

Contestéle evasivamente, y él, deseando sin duda no perder aquel rato sin hacer alguna útil investigación, insistió en sus preguntas diciendo:

—Y Palanito, ¿qué hace? Y Fulanita, ¿dónde está? con otras indagatorias del mismo jaez, que tampoco tuvieron respuesta cumplida.

Por último, viendo cuán inútiles eran sus tentativas para pegar la hebra, echó por camino más adecuado á su expansivo temperamento y empezó á desambuchar.

—¡Pobre condesa! dijo haciendo un movimiento de cabeza y un visaje, encargados de expresar su desinteresada compasión. Si hubiera seguido mis consejos, no se vería en situación tan crítica.

—¡Ah! es claro, contesté maquinalmente, ofreciendo también el tributo de mi compasión á aquella señora condesa.

—Figúrese Vd., continuó, que se ha dejado dominar por aquel hombre, y llegará á ser el dueño de la casa. ¡Pobrecilla! Ella cree que con llorar y lamentarse se remedia todo, y no: es preciso tomar una determinación. Porque ese hombre es un infame; le creo capaz de los mayores crímenes.

—¡Ah! ¡Si es atroz! dije yo también, participando irreflexivamente de su indignación.

—Es como todos los hombres de malos instintos y de baja condición, que si se el van un poco, luego no hay quien los sufra. Bien claro indica su rostro que de allí no puede salir cosa buena.

—Ya lo creo, uso salto á la vista.

—Le explicaré á Vd. en breves palabras. La condesa es una mujer excelente, angelical, tan discreta como hermosa, y digna por todos conceptos de mejor suerte. Pero está casada con un hombre que no comprende el tesoro que tiene en su casa, y pasa la vida entregado al juego y á toda clase de entretenimientos ilícitos. Ella entretanto se aburre y llora, ¡es extraño que trate de sofocar su pena divirtiéndose honestamente aquí y allí, donde quiera que suena un piano! Es más, yo mismo se lo aconsejo y le digo: «Señora, procure Vd. distraerse, que la vida se acaba. Al fin el señor conde se ha de arrepentir de sus locuras y se acabarán las angustias.» Me parece que estoy en lo cierto.

—¡Ah! Sin duda, contesté con ofusoidad, pero continuando en mis adentros tan indiferente como al principio á las desventuras de la condesa.

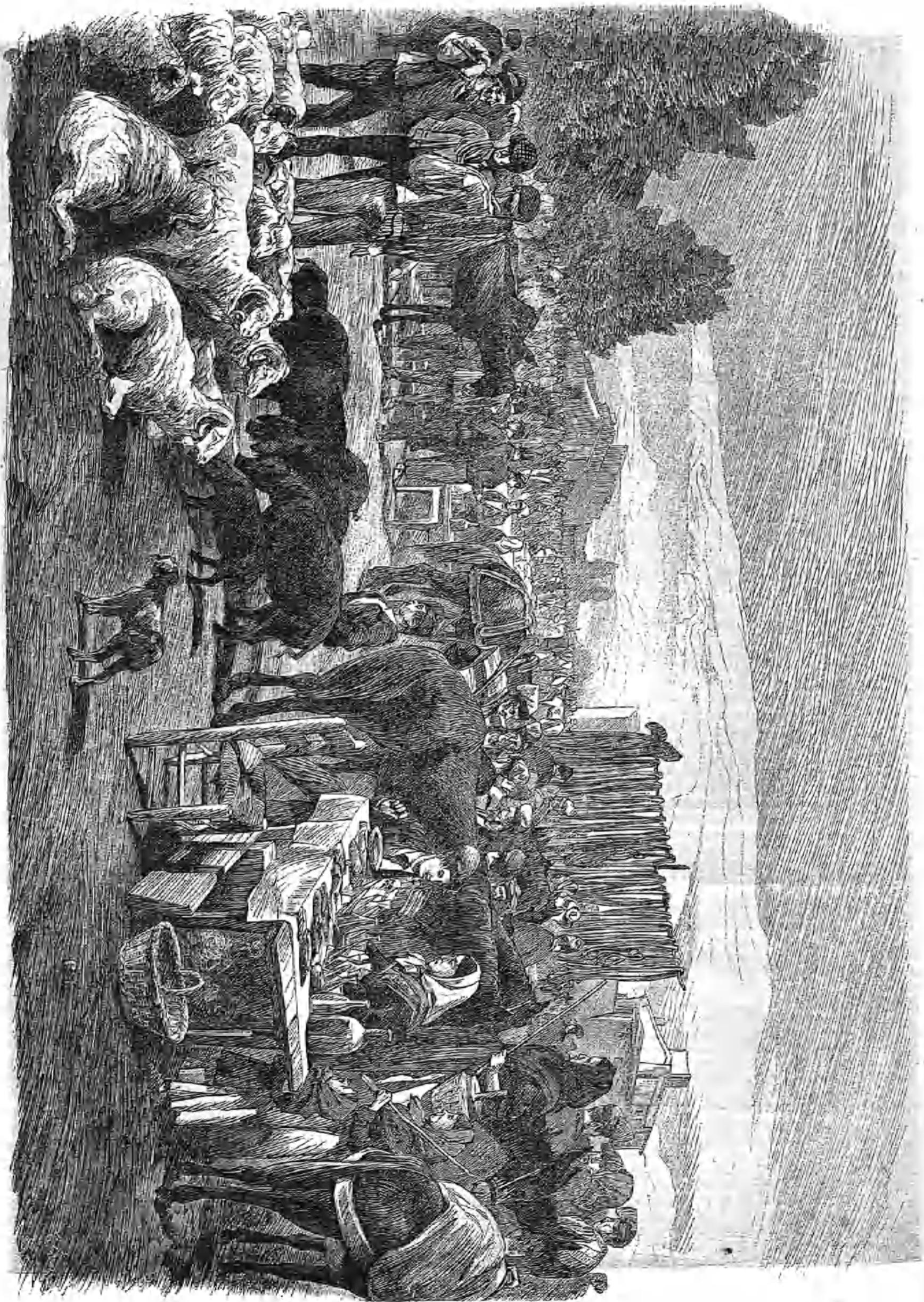
—Pero no es eso lo peor, añadió Cascajares, dando un golpecito en el suelo con su bastón, sino que ahora el señor conde ha dado en la flor de estar celoso... sí, de cierto jóven que se ha tomado á pachos la empresa de distraer á la condesa.

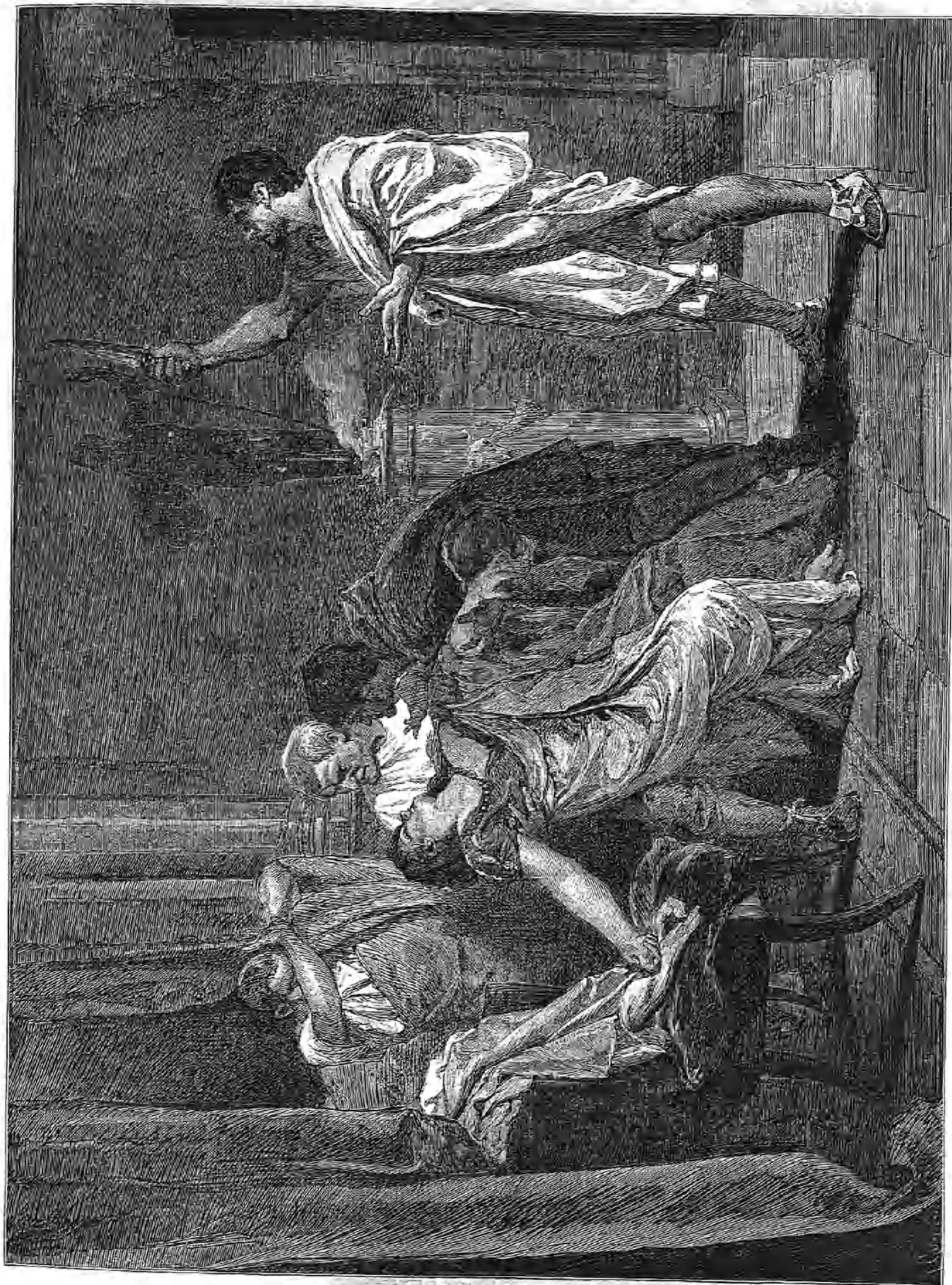
—El marido tendrá la culpa de que lo consiga.

—Todo eso sería insignificante; porque la condesa es la misma virtud, y no tendrá flaqueza alguna; todo eso sería insignificante, digo, si no existiera un hombre abominable que sospecho ha de causar un desastre en aquella casa.

—¿De veras? Y quién es ese hombre? pregunté con una chispa de curiosidad.

LA FERIA DE GERONA.





EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE PINTURA.

MUERTE DE LUCCRECIA.—CUADRO DE DON EDUARDO ROSALES, DIBUJO DEL MISMO

—Un antiguo mayordomo muy querido del conde, y que se ha propuesto martirizar á aquella infelice cuanto sangría mujer. Parece que se ha apoderado de cierto secreto que la compromete, y con esta arma pretende... que sé yo... ¡Es una infamia!

—Si que lo es, y eso merece un ejemplar castigo, dije yo, descargando también el peso de mis iras sobre aquel hombre.

—Pero ella es inocente; ella es un ángel, prosiguió, pero, calle: estamos en la Cibelas. Si: ya veo á la derecha el parque de Buenavista. Mandé Vd. parar, mozo; que no soy de los que hacen la gracia de saltar cuando el coche está en marcha, para descalabrarse contra el arceife. Adios, mi amigo, adios.

Paró el coche y bajó D. Dionisio Cascajares y de la Vallina, después de darme un nuevo apretón de manos y de casar segundo desperfecto en el sombrero de la dama inglesa, aún no repuesta del primitivo susto.

II.

Seguí el ómnibus su marcha y ¡cosa singular! yo á mi vez seguí pensando en la incógnita condesa, en su cruel y suspirar consorte, y sobre todo en el hombre siniestro que amenazaba, según la enérgica expresión del médico, causar un desastre en aquella casa. Considera, lector, lo que son las cosas del pensamiento: cuando Cascajares principió á referirme aquellos sucesos, yo renegaba de su inoportunidad y pesadez; mas poco tardó mi imaginación en apoderarse de aquel mismo asunto, para darle vueltas de arriba abajo, operación psicológica que no deja de ser estimulada por la regular marcha del coche y el sordo y monótono rumor de sus ruedas, limando perennemente el hierro de los carriles.

Pero al fin dejé de pensar en una cosa que me interesaba bien poco, y recorriendo con la vista el interior del coche, examiné uno por uno á mis compañeros de viaje. ¡Cuán distintas caras y cuán diversas expresiones! Unos parecen no preocuparse ni lo más mínimo de los que van á su lado; otros pasan revista al corrillo con impertinente curiosidad; unos parecen alegres, otros tristes, aquel hostesa, el de más allá ríe, y apesar de la brevedad del trayecto, no hay uno que no desee terminarlo pronto; pues entre las cosas fastidiosas ninguna aventaja á la que consiste en estar una docena de personas mirándose las caras sin decirse palabra, y contándose mutuamente sus arrugas, sus lunares, y este ó el otro accidente observado en el rostro ó en la ropa.

Es singular aquel breve conocimiento con personas que no hemos visto y que probablemente no volveremos á ver. Al entrar, ya encontramos á alguien: otros vienen después que estamos allí; unos se marchan, quedándonos nosotros, y por último también nos vamos. Se parece aquello á la vida humana, en que el nacer y el morir son como estas entradas y salidas á que me refiero, pues van renovando sin cesar en generaciones de viajeros el pequeño mundo que allí dentro vive. Entran, salen; nacen, mueren... ¡Cuántos han pasado por aquí antes que nosotros! ¡Cuántos vendrán después!

Y para que la semejanza sea más completa, también hay un pequeño mundo de personas en miniatura dentro de aquel cajón. Muchos van allí que se nos antojan excelentes personas, y nos agrada su aspecto y hasta les vemos salir con disgusto. Otros, por el contrario, nos reventan desde que les echamos la vista encima: los aborrecemos durante diez minutos; examinamos con cierto rencor sus caracteres frenológicos y sentimos verdadero gozo al verles salir. Y en tanto sigue corriendo el vehículo, remedo de la vida humana; siempre recibiendo y soltando, uniforme, incambiable, majestuoso, insensible á lo que pasa en su interior; sin que le conmuevan ni un poco, ni un mucho, las mal colocadas pasiones de que es mundo teatro; siempre corriendo, corriendo sobre las dos interminables paralelas de hierro, largas y resbaladizas como los siglos.

Pensaba en esto mientras el coche subía por la calle de Alcalá, hasta que me sacó del goño de tan revueltas cavilaciones el golpe de mi paquete de libros al caer al suelo. Recogido el momento; mis ojos se fijaron en el pedazo de periódico que servía de envoltorio á aquellos volúmenes, y maquinalmente leyeron medio renglón de lo que allí estaba impreso. De repente sentí vivamente picada mi curiosidad: había leído algo que me interesaba, y ciertos nombres salpicados por el pedazo de folletín laceraron á un tiempo la vista y el recuerdo. Busqué el principio y no lo hallé: el papel estaba roto, y únicamente pude leer, con curiosidad primero y después con afán creciente, lo que sigue:

La condesa sentía una agitación indescriptible. La presencia de Mudarra, aquel insolente mayordomo, que olvidando su bajo origen se atrevía á poner los ojos en cosa tan alta, le causaba una continua zozobra. Aquel

hombre no salía nunca de la casa: la estaba espiando sin cesar, la vigilaba como es vigila á un preso. Ya no le detenía ningún respeto, ni era obstáculo á su infame asechancia la sensibilidad y delicadeza de tan excelente señora.

Mudarra penetró á deshora en la habitación de la condesa, que pálida y agitada, sintiendo á la vez vergüenza y terror, no tuvo ánimo para despedirle.

—No se asuste usía, señora condesa, dijo con una forzada y siniestra sonrisa, que aumentó la turbación de la dama; no vengo á hacer á usía daño alguno.

—¡Oh, Dios mío! ¡Cuándo acabará este suplicio! exclamó la condesa, dejando caer sus brazos con desaliento. Salga Vd.; yo no puedo acceder á sus deseos. ¡Qué infamia! Abusar de esa modo de mi debilidad, y de la indiferencia de mi esposo, único autor de todas estas desdichas.

—¡Por qué tan arisca, señora condesa! añadió el feroz mayordomo. Si yo no tuviera el secreto de su perdición en mi mano; si yo no pudiera imponer al señor conde de ciertas particularidades... pues... referentes á aquel caballero... Pero, no abusaré, no, de estas terribles armas. Vd. me comprenderá al fin, conociendo cuán desinteresado es el grande amor que ha sabido inspirarme.

Al decir esto Mudarra dió algunos pasos hacia la condesa, que se alejó con horror y repugnancia de aquel monstruo.

—Era Mudarra un hombre como de unos cincuenta años, moreno, rechoncho y patizambo, de cabellos ásperos y en desorden, grande y colmillada la boca, y con los ojos medio ocultos tras la frondosidad de largas, negras y espesísimas cejas, los cuales ojos en aquellos instantes expresaban la más bestial é impaciente concupiscencia.

—¡Ah, puerec espín! exclamó con ira al ver el natural desdicho de la dama. ¡Qué desdicha no ser un mozalvete almidonado! Tanto repulgo sabiendo que puedo informar al señor conde... Y me trera, no lo dude usía; el señor conde tiene en mí tal confianza, que lo que yo digo es para él el mismo Evangelio... pues... y como está celoso... si yo le presento el papelito...

—¡Infame! exclamó la condesa con noble arranque de indignación y dignidad. Yo soy inocente; y mi esposo no será capaz de prestar oídos á tan vilis calumnias. Y aunque fuera culpable prefiero mil veces ser despreciada por mi marido y por todo el mundo, á comprar mi tranquilidad á ese precio. Salga Vd. de aquí al instante.

—Yo también tengo mal genio, señora condesa, dijo el mayordomo devorando su rabia; yo también tengo mal genio, y cuando me amosco... Puesto que usía lo toma por la tremenda, vamos por la tremenda. Yo sé lo que tengo que hacer, y demasiado condescendiente he sido hasta aquí. Por última vez propongo á usía que seamos amigos, y no me ponga en el caso de hacer un disparate... con que señora condesa...

Al decir esto Mudarra contrajo la pergaminosa piel y los rígidos tendones de su rostro para hacer la máscara más parecida á una sonrisa, y dió algunos pasos como para sentarse en el sofá junto á la condesa. Ésta se levantó de un salto gritando:—¡No; salga Vd.! ¡Infame! Y no tener quien me defienda... ¡Salga Vd.!

El mayordomo, entonces, parecía una fiera á quien se escapa la presa que ha tenido un momento antes entre sus uñas. Dió un resoplido, y después de hacer un siniestro gesto de amenaza salió despacio con pasos muy quedos. La condesa, que permanecía trémula y sin aliento, refugiada en la estrechidad del gabinete, sintió las pisadas que alejándose se perdían en la alfombra de la habitación inmediata, y respiró al fin cuando le consideró fuera. Cerró todas las puertas y quiso dormir; pero el sueño huía de sus ojos aún aterrados con la imagen del monstruo.

«CAPÍTULO XI.—El complot.—Mudarra al salir de la habitación de la condesa se dirigió á la suya, y dominado por una fuerte inquietud nerviosa, comenzó á registrar cartas y papeles diciendo entre dientes: «Ya no puedo aguantar más; me las ha de pagar todas juntas.» Después se sentó, tomó la pluma, y poniendo delante una de aquellas cartas, la miró bien y empezó á escribir otra, tratando de remedar la letra. Mudaba la vista con febril ansiedad del modelo á la copia, y por último, después de gran trabajo escribió con caracteres enteramente iguales á los que tenía delante la carta siguiente, cuyo sentido era de su propia cosecha: *Había prometido á Vd. una entrevista y me apresuro...*

El folletín estaba roto y no pude leer más.

III.

Sin apartar la vista del paquete, me puse á pensar en la relación que existía entre las noticias sueltas que oí de boca del Sr. de Cascajares y la escena leída en aquel

papelucho, folletín, sin duda, traducido de alguna de esas desatinadas novelas de Ponson du Terrail, que tanto ama *La Correspondencia* por un inexplicable secreto de afinidades literarias. Será una tontería, dije para mí, pero es lo cierto que ya siento cierto interés por esa señora condesa, víctima de la ferocidad de un mayordomo imposible, cual no existe sino en la trastornada cabeza de algún novelista nacido para aterrorizar á las gentes sencillas. ¡Y qué haría aquel maldito para vengarse! Capaz es de imaginar cualquiera atrocidad de esas que ponen fin á un capítulo de sensación. ¡Y el conde, qué hará! Y aquel mozalvete de quien hablaron, primero Cascajares en el coche y después Mudarra en el folletín, ¿qué hará, quién será! ¿Qué hay entre la condesa y ese incógnito caballero? Algo daría por saber...

Esto pensaba, cuando alcé los ojos, recorrí con ellos el interior del coche, y ¡horror! vi una persona que me hizo estremecer de espanto. Mientras yo estaba enfrascado en la interesante lectura del pedazo de folletín, el tramvía se había detenido varias veces para tomar ó dejar algún viajero. En una de estas ocasiones había entrado aquel hombre cuya súbita presencia me produjo tan grande impresión. Era él, Mudarra, el mayordomo en persona, que estaba sentado frente á mí, con sus rodillas tocando mis rodillas. En un segundo le examiné de pies á cabeza y reconocí las facciones cuya descripción había leído. No podía ser otro: hasta los más insignificantes detalles de su vestido indicaban claramente que era él. Resonó la misma tez morena y lustrosa: los mismos cabellos indomables y bruscos, cuyas mechuras surgían en opuestas direcciones como las colubras de Medusa; los mismos ojos hundidos bajo la napertura de unas agrasadas cejas; las mismas barbas, no menos revueltas é facultas que el pelo; los mismos pies torcidos hacia dentro como los de los lobos, y en fin, la misma mirada y el mismo hombre en el aspecto, en el traje, en el respirar, en el taser, hasta en el modo de meterse la mano en el bolsillo para pagar.

De pronto le vi sacar una cartera, y observé que este objeto tenía en la cubierta una gran M dorada, la inicial de su apellido. Abrióla, sacó una carta y miró el sobre con sonrisa de demonio, y hasta me pareció que decía entre dientes:

—¡Qué bien imitada está la letra! En efecto, era una carta pequeña, con el sobre garabatesado por mano femenina. Él lo miró bien, recordándose en su infama obra, hasta que observó que yo, con curiosidad indiscreta y descortés, alargaba demasiado el rostro para leer el sobrescrito. Entonces me dirigió una mirada que me hizo el efecto de un golpe, y guardó su cartera.

El coche seguía corriendo, y en el breve tiempo que ha sido necesario para que yo leyera aquel trozo de novela, para que pensara un poco en tan extrañas cosas, para que viera al mismo Mudarra, novelesco é inverosímil, convertido en ser vivo y compañero mío en aquel viaje, había dejado atrás la calle de Alcalá, atravesado la Puerta del Sol y entraba triunfante en la calle Mayor, abriéndose paso por entre los demás coches, haciendo correr á los carrromatos resagados y perezosos, y ahuyentando á los peatones, que en el tumulto de la calle, y aturdidos por la confusión de tantos y tan diversos ruidos, no ven la mole que se les viene encima sino cuando ya está á muy poca distancia.

Yo seguía contemplando aquel hombre como se contempla á un objeto de cuya existencia real no estamos seguros, y no quité los ojos de un repugnante facha hasta que no le vi levantarse, mandar parar el coche y salir, perdiéndose luego entre el gentío de la calle.

Salieron y entraron varias personas, y la decoración viviente del coche mudó por completo.

Cada vez era más viva la curiosidad que me inspiraba aquel suceso, que al principio podía considerar como forjado exclusivamente en mi cabeza por la coincidencia de varias sensaciones experimentadas en la conversacion ó en la lectura, pero que al fin se me figuraba cosa cierta y de indudable realidad.

Cuando salió el hombre en quien creí ver al terrible mayordomo, me quedé pensando en el incidente de la carta y me lo expliqué á mi manera, no queriendo ser en tan delicada cuestion ménos seguro que el novelista, autor de lo que momentos antes había leído. Mudarra, pensé, deseoso de vengarse de la condesa ¡oh, infelicitada condesa! finge su letra y escribe una carta á aquel caballero, con quien hubo esto y lo otro, y lo de más allá. En la carta le da una cita en su propia casa; llega el joven á la hora indicada y poco después el marido, á quien se ha tenido cuidado de avisar, para que coja *infraganti* á su desleal esposa; ¡oh admirable recurso del ingenio! Esto, que en la vida tiene sus más ó ménos, en una novela viene como anillo al dedo. La dama se desmaya, el amante se turba, el marido hace

una atrocidad, y detras de la cortina está el fatídico semblante del mayordomo que se goza en su endiablada venganza.

Yo, que he leído muchas y muy malas novelas, di aquel giro á la que insensiblemente iba desarrollándose en mi imaginación por las palabras de un amigo, la lectura de un trozo de papel y la vista de un desconocido.

IV.

El coche seguía andando, andando, y ya fuera á causa del calor que allí dentro se sentía, ya por que el movimiento pausado y monótono del vehículo produce cierto mareo que degenera en sueño, lo cierto es que sentí pesados los párpados, me incliné del costado izquierdo, apoyando el codo en el paquete de libros, y cerré los ojos. En esta situación continué viendo la hilera de caras de ambos sexos que ante mí tenía, barbadas unas, limpias de pelo las otras, aquellas riendo, éstas muy acartonadas y serias. Despues me parecía que obedeciendo á la contracción de un músculo común, todas aquellas caras empezaban á hacer muecas y grifos, abriendo y cerrando los ojos y las bocas y mostrándome alternativamente una serie de dientes que variaban desde los más blancos hasta los más amarillos, afilados unos, romos y gastados los otros. Aquellas ocho narices erigidas bajo diez y seis ojos de diverso color y expresión, crecían ó menguaban, variando de forma; las bocas se abrían en línea horizontal, produciendo mudas carcajadas, ó se estiraban hácia adelante formando hocicos puntiagudos, parecidos al interesante rostro de cierto benemérito animal que tiene sobre sí el anatema de no poder ser nombrado.

Por detras de aquellas ocho caras, cuyos horrendos viajes he descrito, y al través de las ventanillas del coche, ya veía la calle, las casas y los transeuntes, todo en veloz carrera, como si el tranvía anduviera con rapidez vertiginosa. Á mí por lo ménos me parecía que marchaba más aprisa que nuestros ferro-carriles, más que los franceses, más que los ingleses, más que los nort-americanos; corría con toda la velocidad que puede suponer la imaginación, tratándose de la traslación de lo sólido.

Á medida que era más intenso aquel estado letárgico, se me figuraba que iban desapareciendo las casas, las calles, Madrid entero. Por un instante creí que el tranvía corría por lo más profundo de los mares: al través de los vidrios se veían los cuerpos de enormes cetáceos, los miembros pegajosos de una multitud de pólipos de diversos tamaños. Las pececillos pequeñas sacudían sus colas resbaladizas contra los cristales, y algunos miraban á dentro con sus grandes y dorados ojos. Crustáceos de forma desconocida, grandes moluscos, madreporas, esponjas y una multitud de bivalvos grandes y deformes cual nunca yo los había visto, pasaban sin cesar. El coche iba tirado por no sé qué especie de nadantes monstruos, cuyos remos, luchando incesantemente con el agua, sonaban como las patetadas de una hélice, tornillando la masa de agua con su infinito volutar.

Esta visión se iba extinguiendo, y despues me parecía que el coche iba por los aires, volando en dirección fija y sin que lo agitaran los vientos. Al través de los cristales no se veía nada, más que espacio: las nubes nos envolvían á veces; una lluvia violenta y repentina tamborileaba en la imperial, y de pronto salíamos al espacio puro, inundado de sol, para volver de nuevo á penetrar en el vaporoso seno de inmensos celajes, ya rojos, ya amarillos, tan pronto de ópalo como de amatista, que iban quedándose atrás en nuestra marcha. Otras veces pasábamos por un sitio del espacio en que flotaban masas resplandecientes de un finísimo polvo de oro: otras veces aquella polvarada que á mí se me antojaba producida por el movimiento de las ruedas triturando la luz, era de plata, otras verde como harina de esmeraldas, y por último roja como harina de rubia. El coche iba arrastrado por algun volátil apocalíptico, más fuerte que el hipógrifo y más atrevido que el dragón; y el pereñne rumor de las ruedas y de la fuerza motriz recordaba el zumbido de las grandes aspas de un molino de viento, ó más bien el de un abejorro del tamaño de un elefante. Volábamos por el espacio sin fin, sin llegar nunca; y entretanto la tierra estaba allí abajo, á muchas leguas de nuestros pies; y en la tierra, España, Madrid, el barrio de Salamanca, Cascajares, la condesa, el conde, Mudarra, el incógnito galán, todos ellos.

(Se continúa.)

E. PEREZ GALDÓS.

REVISTA

DE LOS TRABAJOS DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES CIENTÍFICAS,

ECONÓMICAS Y LITERARIAS.

Con las nubes y las nieblas de otoño, vuelven á sus hogares los que huyeron de España en busca de ambientes más frescos y de emociones más lisonjeras durante el verano. El movimiento de los viajeros cesa casi por completo, y puede decirse que la Península vuelve á contar con sus hombres notables, cada hogar con sus familias, separadas durante los calores por necesidad ó por espricho. Predomina este en alto grado, á nuestro modo de ver, desde hace algunos años, para ausentarse de su país en la época de las mieses, y como ahora se puede viajar más deprisa y con ménos gastos que antes, y pará viajar escusado es decir que no prefieren todas las abundantes nevadas, es ya costumbre establecida ir todos á las orillas del mar ó á los establecimientos de aguas minerales nacionales y extranjeras. Lástima grande debemos tener á nuestros antepasados, que como no conocían los ferro-carriles, ni siquiera las diligencias-postas-generales, tardando quince días para ir á Barcelona, y otros tantos ó más para ir á Cádiz ó Bilbao, es de suponer que la mitad de la población de España pasaría los inviernos postrada en cama, cuando no podía acudir como hoy á medicinas y bañarse en verano en mil partes diferentes. ¿Sería acaso que los españoles de entonces estaban todos robustos y perfectamente sanos, y que son los de hoy los entecos, desme-recidos y casquivanos? Sugiérense estas reflexiones la consideración de que hoy para cosa útil algunos se estiman al verano. No pueda durante su reinado hablarse de política, ni hacer como que se estudian los presupuestos del Estado, porque en el verano se cierran los Parlamentos; no pueden en sus bellísimos días activarse los expedientes y negocios en las oficinas públicas, porque faltan en buena parte de ellas los oficialistas ó se conceden licencias á muchos para salir de la corte, para correr, para moverse, para ir á baños; ciérranse los establecimientos científicos, abréciase los trabajos en las bibliotecas, en los mismos archivos públicos se establece cuando más un turno para que no queden abandonados. Porque si es verdad que hace calor, ¿cómo se concibe trabajar en los países meridionales? Debemos, pues, suponer ó que hoy hace más calor en España que durante los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, en que las gentes no se movían de sus casas, ó que si hace el mismo que hacía entonces, le sienten más que los antiguos los españoles modernos.

Este cambio, modificación ó empeoramiento de costumbres, podría darnos lugar á mil diversas reflexiones. No somos enemigos de los viajes; muy al contrario: estamos convencidos de que á las líneas de los ferro-carriles de España, lo mismo que á los españoles todos, les convenia en alto grado que los Gobiernos fuesen instante ricos para enviar cada año á viajar por toda Europa un par de millones de habitantes de todas clases. Las compañías de ferro-carriles ganarian mucho, y los españoles todos se encontrarían á la vuelta de ocho años completamente ilustrados, sin necesidad de revoluciones, sin necesidad de nuevas formas de gobierno, ni de asistir en masa á las universidades. No hubiera por cierto guatado esta facilidad de moverse tanto á ciertos hombres, por ejemplo, á Felipe II. Si los pocos que en su tiempo iban y venían de otros países, se contaminaron de creencias que no eran de su agrado, cuánto no hubiera sufrido al ver que cada verano iban impelidos por el vapor, cual arrastrados por un espíritu malfico, miles y miles de personas de su propia corte á países de hugonotes, de luteranos, de calvinistas!

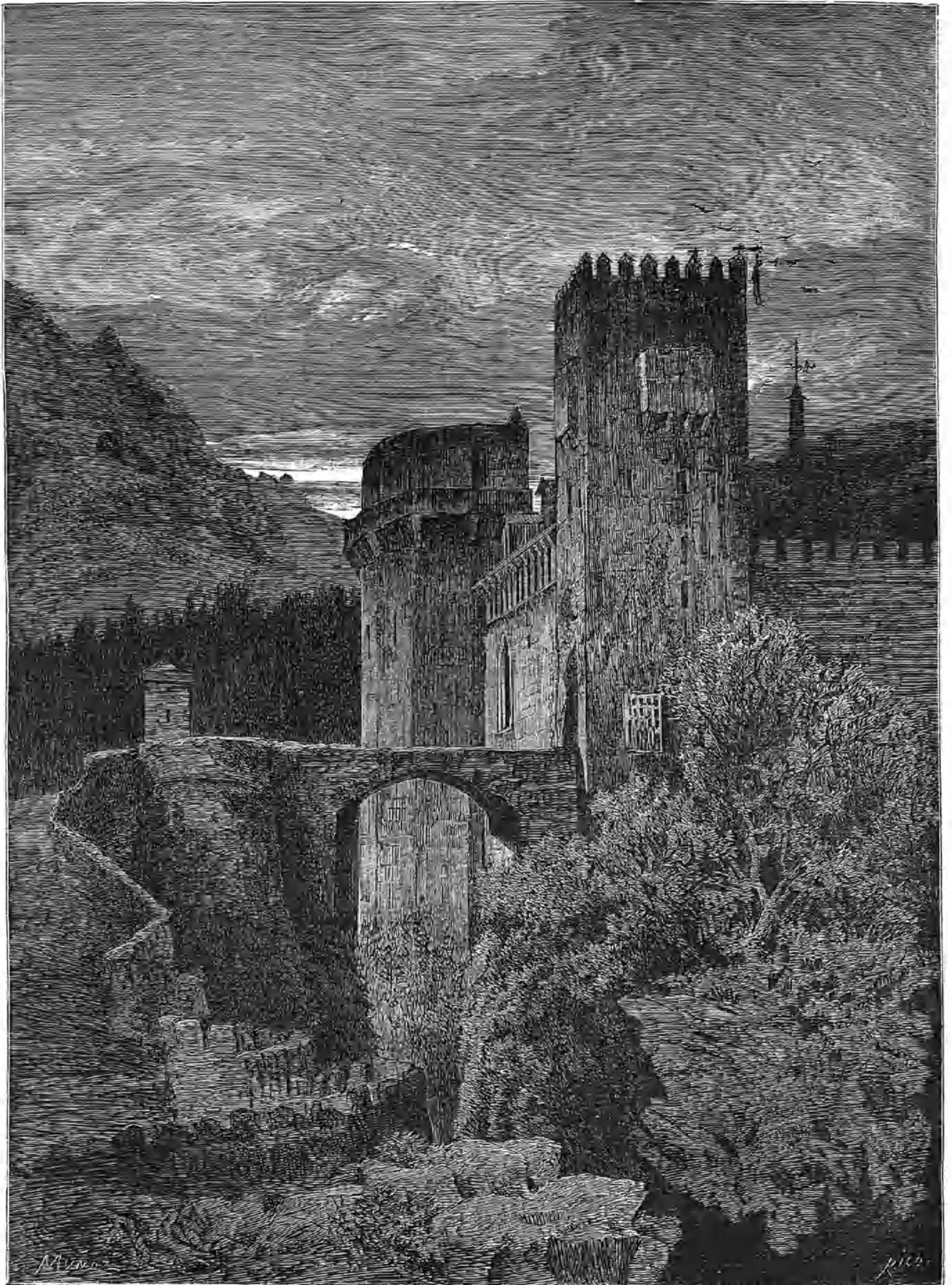
Pero por cierto que no sabemos dónde iríamos también á parar nosotros, si en vez de ocuparnos de los trabajos de las Academias y Sociedades científicas, económicas y literarias, continuáramos reflexionando sobre este tema. Para decir que al volver el otoño vuelven á reanudar sus tareas estas importantes corporaciones, no habia necesidad de comparar la salud de los españoles antiguos con la de los modernos, ni en cierto modo indicar que cuando hace calor no se trabaja en España. Bastaba haberlo dicho lisa y llanamente. Perdónenme esta digresión los lectores de La Ilustración de Madrid, tan activos y favorecedores en leerla, lo mismo en invierno que en verano. Las Academias vuelven á dar señales de vida. Nuestras Revistas tendrán á nuestros suscritores al alcance de cuanto hagan, discutan y publiquen los varones notables en ciencias, en artes y en letras, que componen estos cuerpos sabios.

Pocos días hace que ha celebrado junta pública la

Academia Española, con la solemnidad preceptada por sus Estatutos, y el *Resumen* de las tareas y actos de esta corporación tan distinguida, durante el último año académico de 1870 á 1871, leído por su secretario accidental D. Antonio María Segovia, nos facilita sobremedura nuestra grata tarea. Tres distinguidos académicos han fallecido en este año, los señores D. Pedro Felipe Monlau, D. Luis Gonzalez Brabo y D. Severo Catalina, y han ingresado cuatro, D. Antonio de los Ríos y Rosas, D. Manuel Silvela, D. Salustiano de Oideaga y D. Cayetano Fernandez, orador sagrado éste y los tres primeros oradores parlamentarios. «Los nombres de Monlau, Gonzalez Brabo y Catalina, dice el Sr. Segovia, no pertenecian solamente á la Academia; glorizaban de que debia avanzarse España toda; y no de aquellas que se forjaban, se ensalzan y preconizan por espíritu de pandillaje ó de partido. Bien es verdad que al entrar por esas puertas un candidato, ya le han recomendado á nuestra aceptación la voz pública y su propio merecimiento: ni es la Academia una tertulia, compañía, ó sociedad de eslabonados compadrazgos, ó de interesadas amistades y compromisos, sino una congregación, ajena á toda preocupación de escuela, secta, ó cofradía, que transplante aquí sus miembros de muy diferentes almábricas, y en donde, sin temor de que se nos diga como el satírico Inarco á gentes de otra laya, que «hemos dado en la flor de aibararnos los unos á los otros», podemos entregarnos al placer de la alabanza, pues que no viene á ser ésta sino un eco de la fama pública.»

Indudablemente es cierto lo que decía el Sr. Segovia, y tanto que anunció acto continuo hallarse designado para ocupar la silla vacante que dejaba el Sr. D. Emilio Castelar «de fama ya más que europea, y que se extiende hasta el postrer confín del mundo civilizado.» Y dolíase más adelante de estar privada la corporación de algunos de sus individuos «por el mal orden en España de las expatriaciones.» De manera que si bien la Academia Española no es una tertulia, ni sociedad de eslabonados compadrazgos, ello es verdad que prepónderan siempre, ó mejor dicho, son buscados siempre los hombres políticos, y esto hace pensar una de dos cosas: ó que los literatos en España todos son los más empujados hombres políticos, lo cual sería muy arrogante pensar, ó que sin los hombres políticos no puede haber corporaciones científicas ni literarias en España.

El número de correspondientes españoles se ha aumentado también con D. Claudio Anton de Luzuriaga, electo para San Sebastián de Guipúzcoa, y D. Adolfo de Castro, residente en Cádiz. Los hispano-americanos han sido seis en Méjico, cinco en Lima, tres en Santa Fé de Bogotá, uno en Caracas, otro en San Salvador y otro en Costa-Rica. Y por cierto que del Sr. D. Adolfo de Castro, cuyo celo y entusiasmo por las letras patrias es bien conocido, ha recibido la Academia regalos curiosísimos, que así ha declarado ella misma por los autorizados labios de su accidental secretario. «En la junta de 23 de marzo se presentó ya el primero de estos regalos, que consiste en un precioso y raro ejemplar de cierto folleto escrito por el célebre pintor D. Diego Velazquez de Silva, y titulado: *Memoria de las pinturas que la Majestad Católica del rey N. S. D. Felipe IV sacó al Monasterio del Escorial.*—No es este opusculo un mero catálogo, sino que contiene además la descripción y juicio crítico de cada cuadro, escritos con tal naturalidad y limpieza de estilo, y tan discreto conocimiento del arte, que dió lugar á varios señores académicos para aducir otras pruebas de que Velazquez era hombre de tantas letras como de excelentes dotes para la pintura, aunque por éstas únicamente se haya dilatado su fama. Con esta ocasión se acordó añadir su nombre al de las *Autoridades* del buen lenguaje, por tenerla, y grande, especialmente en las bellas artes. El segundo presente del Sr. Castro, recibido en abril, consistía en tres objetos: 1.º Un curioso *Memorial* que el pintor Alonso Cano dirigió al rey D. Felipe IV, acerca de la resistencia del edificio de Granada á darle posesión de su prebenda. 2.º Un album en que están colocados esmeradamente varios dibujos originales de Castillo, destinados á la edición grande del *Quijote*, hecha por la Academia. Muchos de ellos no fueron grabados. 3.º Unos modelitos de cabezas de D. Quijote y Sancho, hechos entonces para uniformar su representación en las estampas. En el mismo mes envió el Sr. D. Adolfo la *Noticia* que habia escrito acerca de una sepultura en Puerto-Real, para demostrar que no puede ser de otro que del célebre poeta Gutierre de Cetina. Por complemento de sus investigaciones, remitió posteriormente un calco del sepulcro, comprendiendo su inscripción. De allí á pocos días obsequió á la Academia su liberal correspondiente con un cuadrito al óleo y de marco dorado, pintura de no escaso mérito, y que el remitente calificaba de «cun-



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

CASTILLO FEUDAL.—CUAING DE DON ANTONIO MUÑOZ DEGRAIN, P SUJO DEL MISMO.



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE ESCULTURA.
MARSICO.—ESTÁTUA DE D^{OS} ELÍAS MARTÍN, DIBUJO DEL MISMO.

dro alegórico de la muerte y fama del *Páiz de los gigantes*. Apoyaba esta conjetura el Sr. Castro en varias razones, explicadas en un papel adjunto. El señor marqués de Molina daba otra interpretación al asunto de la pintura, pero esta diversidad de juicios no es ahora del caso, ni rebaja en un ápice el desprendimiento de nuestro ilustre gaditano.

Volvió éste á favorecer á la Academia con unos curiosos apuntes que tituló: *Historia de una quintilla célebre*, á saber: la que fué citada por nuestro dignísimo director, en su discurso de contestación al nuevo académico D. Cayetano Fernández. Al publicarse éste de nuevo en nuestras *Noticias*, se incluirán los apuntes del señor Castro. Otro «lindo y muy nuevo trabajo», así calificado en nuestras actas, remitió á poco tiempo, tomando por asunto al autor dramático Dr. D. Felipe Godínez. También se dará cuenta de él al público en ocasión oportuna. De papeles antiguos y curiosos es grande el número con que ha enriquecido el Sr. Castro la biblioteca de nuestra Academia; entre ellos, quince escrituras otorgadas en los siglos XIII y XIV, escritas en pergamino, y notables por pertenecer á los tiempos en que comenzaban á redactarse en castellano los documentos públicos, como también un «traslado bien e fielmente sacado de una carta dotal escrita en pergamino e firmada de ciertos testigos e un alcaquí.» Así dice el encabezamiento, añadiendo que está tornada en nuestra lengua castellana; por cuyas señales se ve claramente ser el original en lengua árabe, y una mora la desposada. Este documento, interesantísimo bajo los puntos de vista histórico y jurídico, tanto como desde el filológico, tiene la fecha del 17 de abril del año 1510 de la era cristiana. Dos tomos curiosos también regaló al mismo tiempo el Sr. Castro. Contiene el primero las *Instituciones gramaticales* publicadas por Bernabé de Busto en el siglo XVI, y los *Principios de gramática en romance*, por Luis de Festrans, en 1530. El segundo tomo le forma el *Bejejo general de la gramática en diálogos*, escrito por Ambrosio de Salazar y dirigido al rey de Francia, Luis XIV. Acerca de ambos tomos nos comunicaba el Sr. Castro muy curiosas noticias. Por último, el diligente colonizador nos ha favorecido asimismo con un cuadrito al óleo, que se supone ser retrato, ó más bien caricatura, del célebre actor Pérez, conocido por el apodo de JUAN RANA, personaje famosísimo en su tiempo, y del cual nos ha suministrado el donador interesantes noticias biográficas.

Entre los trabajos personales de los académicos no debían omitirse los siguientes. El Sr. D. Aureliano Fernández Guerra, perseverando en dilucidar la cuestión de la famosa *Cancion de las ruinas de Itálica*, y demostrar que es de Rodrigo Caro, leyó á la Academia nuevos escritos en que esfuerza sus argumentos. El Sr. D. Antonio Ferrer del Río leyó asimismo una interesante y bien escrita necrología del muy erudito D. José Joaquín de Mora, individuo que había sido de la misma Academia, y D. Manuel Cañete ha contribuido á enriquecer la *Biblioteca de Clásicos* con un nuevo tomo que comprende las poesías del bachiller Francisco de la Torre, las de Pablo de Céspedes, Baltasar de Alcázar y otros poetas menores del siglo XVI.

Ha terminado, por último, el Sr. Segovia su *Resumen de las tareas y actos de la Academia Española*, congratulándose con el creciente despacho de libros de la Academia, *Gramática, Pronunciario de ortografía y Diccionario*, aun con sus lunares, en cuya desaparición trabajan asiduamente las comisiones. «Y cuenta, señores, qué un época, como la presente, de libertad de enseñanza, y de anarquía de sistemas, y de ignorancia atrevida, y de prurito de imprimir, en tiempos en que cada messtrico se esfuerza por acreditar su librico, y en que los buenos no escasean, y superabundan los malos, y todos luchan en encarnizada competencia, es sintoma no despreciable de que el público se inclina á las doctrinas de la Academia, el copioso despacho de nuestros citados libros. Como demostración ó comprobación de este indicio, puede aducirse el hecho de que la corrupción del lenguaje, que hace años parecía incurable gangrena, se va atajando en algún modo. Ya no es moda, como lo fué algún día, hacer alarde impudente de incorrección, de barbarismo, de neologismo y de galicismo; ya vemos, hasta en los periódicos, acusarse recíprocamente de falta de lenguaje, y echar en cara al adversario un pecado contra la gramática, en el mismo tono de censura y con igual encarnizamiento que se emplean en fiscalizar los crímenes políticos. Nótese en las Cámaras, en el foro y hasta en el pulpito, que los oradores eminentes cultivan, y no podría ser otra cosa, el estudio de la lengua patria. Hasta la jerga filosófica moderna parece como que va aprendiendo el castellano; y algunos tal vez me escuchan que no tienen dificultad, como tampoco la tu-

vieron los escritores de nuestros buenos tiempos, en exponer las más peregrinas teorías y tratar de los sistemas y utopías más enrevesados, recónditos y abstrusos en lenguaje puro y con estilo llano, claro, inteligible, sencillo. No es esto decir que la reforma sea obra exclusiva de la Academia, sino que muy probablemente, gran parte debe atribuirsele; y á la verdad que, si así fuese, no podría apetecer galardón más lisonjero de sus improbas tareas, que el ver reconocido por el público *Español* el celo laborioso y la utilidad positiva de una Corporación que se honra ante todo con el título de *española*».

En la misma sesión pública inaugural leyó el señor D. Francisco de Paula Canalejas un discurso sobre los *Autos sacramentales de Calderón de la Barca*. Según el juicio emitido por una parte de la prensa periódica, este discurso «está escrito con verdadero entusiasmo religioso y con un vigor de estilo que indica arraigadas creencias y grande amor á la fé de nuestros mayores.» Indudablemente el discurso es digno de la pluma y del sano criterio del Sr. Canalejas, pero vislumbra la tristeza que oprime el corazón de los pensadores cristianos al leerse párrafos como los siguientes: «¡felices nosotros, á quienes llamará la historia los últimos admiradores de Rafael, Murillo, Lope y Calderón, y desventurados nuestros hijos, condenados al espectáculo de lo grotesco y de lo indigno!».

«El drama católico no podía tener más vida que la que le prestaron el ingenio de Calderón y el vasto escenario de la plaza pública; porque el vínculo entre el poeta, el senuto y el pueblo era tan estrecho é íntimo, que el asunto se representaba á la vez en la plaza y en el espíritu de cada uno de los espectadores. El alma lo veía, como lo veían los ojos. Falto de este escenario, que era la fé universal del pueblo, el drama católico no podía vivir. No murió por la pragmática prohibitiva de los Autos Sacramentales, sino que había muerto al bajar á la tumba el gran sacerdote poeta, y al parecer en España la antea generacion de hechos y de hombres que llenan el siglo XVIII.»

«No se concilian estos dos conceptos, drama teológico y fábrica teatral. Un Auto Sacramental entre bastidores y bambalinas, sería un anacronismo, como si calzaran coturno y ajustáran máscara á su rostro, los actores que representan *La Balsa*, *La Drama de las Camelias* y *El Amor y el Dinero*. Esquilo y Calderón necesitaron el vasto escenario griego, é la amplitud de la plaza pública, para que las pasiones y creencias de la muchedumbre formáran el grandioso coro que completa sus creaciones. Hoy faltarian autores y espectadores, porque faltan *oyesales*. Los pueblos y las edades sin fé no pueden pedir creaciones á la fé, que es llama y luz y vida, y deben contentarse con las livianas y anudadas que atraviesan las sombras y penumbras de su espíritu, de un modo vaporoso é informe.»

«Tocamos en lo porvenir y los humanos no sabemos de lo futuro; pero la historia nos enseña que el drama simbólico teológico de las edades antiguas murió, y apareciendo nuevo simbolismo, floreció en Dante y Calderón de la Barca. Agutado el simbolismo católico al comenzar el siglo XVIII, ¿gozarán otro nuevo las edades futuras, no ménos hermoso que el gozado por nuestros padres? ¿Reaparecerá, por lo tanto, la poesía épica, el drama religioso, la tragedia, en una palabra, el *arte máximo*, vistiendo nuevos y más conmovedores simbolismos? Creo que sí. La crisis espiritual que atraviesa la Europa es pasajera; durará lo que exija la ejemplaridad del castigo providencial que anuncian los tiempos; pero la vida religiosa es esencial á la naturaleza humana, y el florecimiento del arte acompañará á su renovación. Ni la muerte acaba con lo divino que hay en el hombre, ¿cómo han de aniquilarlo hipocresías, temeridades y blasfemias? La espontaneidad no es tampoco un hallazgo que se goza y se pierde; es una propiedad eterna del espíritu, y el simbolismo arrastra siempre de esta espontaneidad. El arte, sujeto á sinecopas y desmayos, como el espíritu de los hombres, reaparecerá con el espíritu y la vida religiosa, purificando y conoblecendo el alma, cumpliendo con solícitud maternal el cuidado de esclarecer á los ojos de la inteligencia, misterios y enigmas, despertando en el último seno de la intención la mayor y más limpia pureza, en actos y propósitos, para atraer á las gentes á la práctica del bien y á la adoración de lo Divino.»

El presidente de la Academia, señor marqués de Molina, pronunció despues un elocuente discurso para manifestar que se iba á proceder á la entrega de los dos premios que la Academia ha conferido, uno al señor

D. Luis Fernández Guerra, por su biografía de Moreto, y otro al Sr. D. José Gudoy y Alcántara, por su ensayo histórico, etimológico y filológico sobre los apellidos castellanos. Sobre este mismo tema ha escrito otra memoria D. Ángel de los Ríos y Ríos, vecino de Reinosa, la cual ha obtenido *accedit*, que recibió á nombre del premiado, el Sr. D. Aureliano Fernández Guerra, dándose anseguída por terminado el acto.

No es ésta la única solemnidad literaria que ha tenido lugar, porque, como hemos dicho, las Academias y la Corporaciones literarias vuelven, con el otoño, á dar señales de vida, pero bastante hemos ocupado la atención de nuestros lectores reseñando todo lo muy importante que ha hecho la Academia Española últimamente, y en un próximo artículo nos ocuparemos de los actos y estudios de otras distintas Corporaciones.

FLORENCIO JASER.

A LA INSIGNE POETISA

DOÑA CAROLINA CORONADO DE PERRY.

Ginebra, agosto 1871.

Entre las grandes sombras
De Calvino, aquel fiero
Sectario, más Lutero que Lutero;
De Descartes que á acobros reducia
El trono de la antigua teología;
De Voltaire, de Rousseau, sus sucesores,
Y como ellos también demoleadoras
De esta feudal, de esta papal Europa
Que hoy aprta las heces de su copa,
De Corina inmortal, musa del siglo,
De Byron, aquel héroe, aquel vestigio
De esta desoladora descreencia
Con que hoy lucha en el mundo la conciencia;
Entre estos genios cuyos grandes nombres
Aún sueñan en la mente de los hombres,
Dominando con eco prepotente
Las tempestades de la edad presente,
He pasado la noche... Esta es Ginebra:
Aquí el gran centro de la fé se quiebra:
Verdadero volcán del pensamiento
Que de la Europa quebrantó el cimiento.
Todos, sí, todos por aquí pasaron
Y á otra generacion desde aquí habitaron.
Y de mí levantáronse delante,
Y ¿dónde, les clamó, dónde va el mundo?
Y ellos me respondieron: Adelante,
Y fiero y errabundo
Por los frontereros montes
Que cortan estos vastos horizontes,
Cruzó Guillermo Tell casi si mirara
Esta Helvecia que él hizo con su flecha
Á ser antomural de tres naciones,
Como uno de sus témpanos deshecha
En los que el cielo vengador prepara
Tormantas nuevas, nuevos aluviones,
Incendios nuevos de la Europa... Y luego...
¡Oh gigantes, no hombres!
¡Oh formidables nombres
Que la historia escribió con sangre y fuego!
Anibal, es Anibal en la cambre
Que oprimió con su heróica muchedumbre
Veintitres siglos há, que se levanta
A contemplar como en aquellos días
El duelo á muerte, el holocausto horrendo
De pueblos y de razas, y extendiendo
Ámbos los brazos, uno al Océano
Donde impera Albion con su tridente,
Otro al confín lejano
Donde se juntan Septentrion y Oriente,
Cual si ya viera al venidero estrago,
«Otra Roma,» prorrumpe, «Otra Cartago!»
Y otro, otro Anibal... Napoleón... ¡Oh pena!
Apagado á sus piés el sol de Jena
Y cubierto de un velo mortecino
El gran sol de la historia, el sol latino,
De sus ojos atónitos delante,
Con la espada germánica en el seno,
Rendida, desangrada, agonizante
Y ya arrancado de su fianco el Remo,
Aquella Francia que en triunfantes sonos
La gran nacion llamaron las naciones;
Napoleón con su tugénita tristeza
Contempla á Europa, dobla la cabeza,
Y ahogando el ¡ay! del pecho diamantino,
Exclama en su impertérrita agonía:
«Fui un ciego instrumento del destino
«Y cumplida está ya la profecía.»

Tales versos surgieron en mi mente
Al llegar, Carolina, á estos lugares,
Cual brota de entra peñas un torrente
Que arrastra lo que encuentra en su vertiente
Piedras, troncos y aludes seculares.
No son ¡ah! no, primaverales risas,
No son panales de estival colmena,
Jugos de flores, hálitos de brisas,
Cual los que liba Extremadura amena
Ó el labio seductor de sus poetisas.
Pero tal es la voz que algo responde
Á la que aquí en mi espíritu se esconde,
Y pues antigua deuda á tí me obliga,
Tuyos son y á tí van, mi dulce amiga,
¿Ni cuáles para si fueran mejores
Si á la raza genial de las Corinas
Familiares le son como las flores
Del pensamiento humano las espinas?
Y aquí hay flores también. Este es un valle
Que se abre en larga y anchurosa calle
Entre los brazos del famoso Jura
Con el lago de Lemán por cintura;
Detrás, aquí á mi espalda,
Como almohadon de rústica esmeralda,
De sombrío verdor, de tinta oscura,
Con la risa del sol risueña ahora,
Una extensa montaña en cuya falda,
Despierto como el ave con la aurora,
Bebó el aire y la luz del nuevo día
Cual si fuera una taza de ambrosía.
En derredor y enfrente,
Donde ví alborear al sol naciente,
Otro monte, otra sierra, no cual esta,
Toda ella de bosqueje engalanada,
Mas de terriza y cegijunta cresta,
De pellones de nieve salpicada;
Y otras y otras detrás, y otras encima
En escala que al cielo se sublima,
Reverberando con su hielo eterno
El sol de estío como el sol de invierno,
Y formando en los ámbitos distantes
Plateadas y doradas cordilleras,
Coronadas de nubes flameantes,
Cual los petos y cascos y ciméras
De un ejército inmóvil de gigantes.
¡Los Alpes con sus altas pesadumbres!
¡Los Alpes cuyas cumbres son las cumbres
De la historia de Europa! Alguna, alguna
¡Oh, ley que el mundo apellido fortuna!
Aún está reflejando las vislumbres
De aquellos napoleónicos cañones
Conque ya no habla Francia á las naciones.
Y el San Bernardo allí... ¡Gloria más alta!
La tempestad que al peregrino asalta,
La nieve con su sordo precipicio,
El santo monje, el religioso hospicio,
La esquila en el silencio resonando,
El heroico mastín simbolizando
La caridad de Dios...

¡Oh, Carolina!

¡Qué cuadro para tí! Más, ¡y las flores!
Baja conmigo de la cumbre alpina
Y las verás. Á mi derecha mano,
Allá donde el fogoso meridiano
Vierte todo el raudal de sus fulgores,
Ginebra, de colinas rodeada,
Cual la náyade antigua reclinada,
De las olas amantes al halago,
En las orillas de su hermoso lago:
Su lago que se extiende al pié del Jura,
Cual la cinta de un ramo de verdura,
Y ensanchándose al bóreas con los montes
Se confunde en los vastos horizontes;
Y el valle con sus senos y sus lomas,
Y su floresta de variadas tintas,
Y sus vides y mieses alternadas;
Y entre calles de alberchigos y pomas
Limpías aldeas y lujosas quintas
Blancueando por do quier como bandadas
De palomas posadas;
Y el arte aderezando la natura
En aquesta mansion en donde moro,
No ya feudal, anti-feudal castillo,
De una colina en la gozosa altura
Con galas de selvático decoro
Como afligranado canastillo,
Ó ya cual canapé voluptuoso
De la divinidad de estos lugares,
Convivando al deleite y al reposo
En las horas del sol caniculares,
Vasta terraza en derredor cercada

De elegante y marmórea balaustrada,
Donde en lechos y arriates opulentos
Que recuerdan las fábulas idálias,
Asoman con rubor los pensamientos,
Se esponjan de placer las frescas dálias,
Irgue el clavel su frente
Como el amor ardiente,
Y en su régio ademan dicen las rosas
Que ellas y ellas no más son las hermosas;
Donde la sangre de la madre tierra,
Manando á borbotones de la sierra
En sonoro raudal, mantiene viva
La vária copia de la flora estiva,
Mientras teje el otoño la corona
De la antigua Pomona;
Donde á templar la atmósfera sedienta,
Limpiando con su lluvia del verano
La viste aridecida y polvorienta,
En nubes que se tocan con la mano,
Pasa como un bñire la tormenta;
Donde en fin, Carolina, entre acopados
Álamos y otros árboles mayores
Que el suelo brota ó que la industria cria,
Brillan en flor arábigos granados
Que, aunque en ellos no cantan ruireñores,
Me recuerdan mi ausente Andalucía.

¿Qué más te he de decir? Malgrado mio
Que con su ardiente sol prefiero á España,
Luchando por vencer á esta alimaña
Que me priva de gusto y albedrío,
Aquí me tienes lo que dura estío;
Y cuando allá en diciembre ó en enero,
Si ya en balde no espero,
Junto á esa tu amigable chimenea
Que, siendo tan moderna como eres,
Guarda algo aún de aquel hogar antiguo
Ante el cual con amor yo me santigno
Como el ménos moderno de los séres;
Cuando allá en nuestras noches discutamos
Si es viejo el mundo ó si aún está en la infancia,
Te diré de las cosas de esta Francia
Que ayer todos cual ídolo adoramos
Y de quien hoy ya todos renegamos
Cual Pedro del Señor... ¡Oh, Carolina!
De esta Francia que ayer fué la heroína
Y hoy es la mártir de la grande idea...
Yo tuve este cruel presentimiento
Y en vano á su terrible cumplimiento
El ánimo afligido titubea.
Apénas á París llegado habia:
Una imágen fatal me perseguía,
Y la reciente historia recordando,
La planta en su vagar me fué llevando
Á la plaza do estuvo el monumento
De la antigua victoria, hoy vencimiento.
Alta noche era ya. París dormido
Lanzaba en derredor como un quejido;
Llegué y mis ojos sin querer se alzaron,
Pero ni estatua ni columna hallaron.
Sólo en la oscuridad se distinguía,
Fiero, mudo, solemne en su tristeza,
Aun de pié el pedestal. Me parecia
Que á mis plantas tenia
La Francia sin cabeza.
Pero allí estaba él... Él, el que en vano
Lanzar intentarán de su memoria
Rebeldes pueblos ó proscriptos reyes;
El que de un pedestal más soberano
No podrán derribar, el de la historia,
Civiles turbas, militares greyes:
El que en los Alpes levantarse veó,
El que por todas partes se levanta,
Del siglo en la cerviz puesta la planta:
Aquél, no el grande, el solo, el Prometeo
De la Europa caduca... Y de repente
Volvió París á arder, volvió el germano
Cañon á resonar, y á los fulgores
De aquellos incendiados monumentos
Que, como espectros con funéreas teas,
Proyectaban sus lucés ciclopeas
Sobre los campos de Sedan sangrientos,
Y al son de aquella ronca artillería
Que tantas guerras á Occidente augura;
En su desierto pedestal volvia
Á alzarse aquella típica figura,
No de corona imperatoria orlada,
No del manto cesáreo ataviada,
Mas de aquel traje militar ceñida,
Como en la mente le quedó esculpida
Á Francia, á Europa, al universo entero

Con el cincel de su fulmineo acero.
Se alzó y, ¡oh, Europa! prorrumpió—y callado
Todo quedó, como si hablase el hado,—
¡No recuerdas mi voz cuando al bramido
Del punto equinocial que en Santa Helena,
Cual fúnebre sirena,
Acompañaba mi postrer gemido,
Eco ya de otra voz más soberana
Que en mi remota soledad oía,
¡Serás republicana
Ó cosaca serás, te repetía!
Medio siglo fué el plazo,
Y el plazo y la sentencia se han cumplido;
El monstruo que se engendra en tu regazo,
Descubriéndote irá todo el sentido.
¡La eterna ley! Así desaparecen
Los imperios del mundo. Así parecen,
No sólo las naciones,
Las civilizaciones.
Yo te pase, ¡oh Europa! en el camino;
¿De qué me sirvió ver lo que veía?
Fuí un ciego instrumento del destino
Y cumplida está ya la profecía.»

GABRIEL GARCÍA TASSARA.

Á DIOS.

Yo te busqué, Señor, en las alturas
De la áspera montaña,
Y en la vasta extension de las llanuras
Que el sol ardiente baña.

Yo te busqué del férvido oceano
En el profundo seno,
Y de tu nombre pregunté el arcano
Al estridente trueno.

Y hasta la inmensa bóveda del cielo
De estrellas tachonada
Alcé, pidiendo celestial consuelo,
Mi lánguida mirada.

Mas todo en vano fué: que la natura
No me mostró la huella
De tu santa presencia en la llanura,
En el mar ni en la estrella.

De mis carnales ojos te ocultabas
Y hallarte no podia.
¡Yo te buscaba fuera... y te albergabas
En la conciencia mía!

ABBEMAN.

CANTARES.

De mis lágrimas te burlas
Y yo tu burla desprecio:
Qué; no has perdido á tu madre
Sin poderla dar un beso!

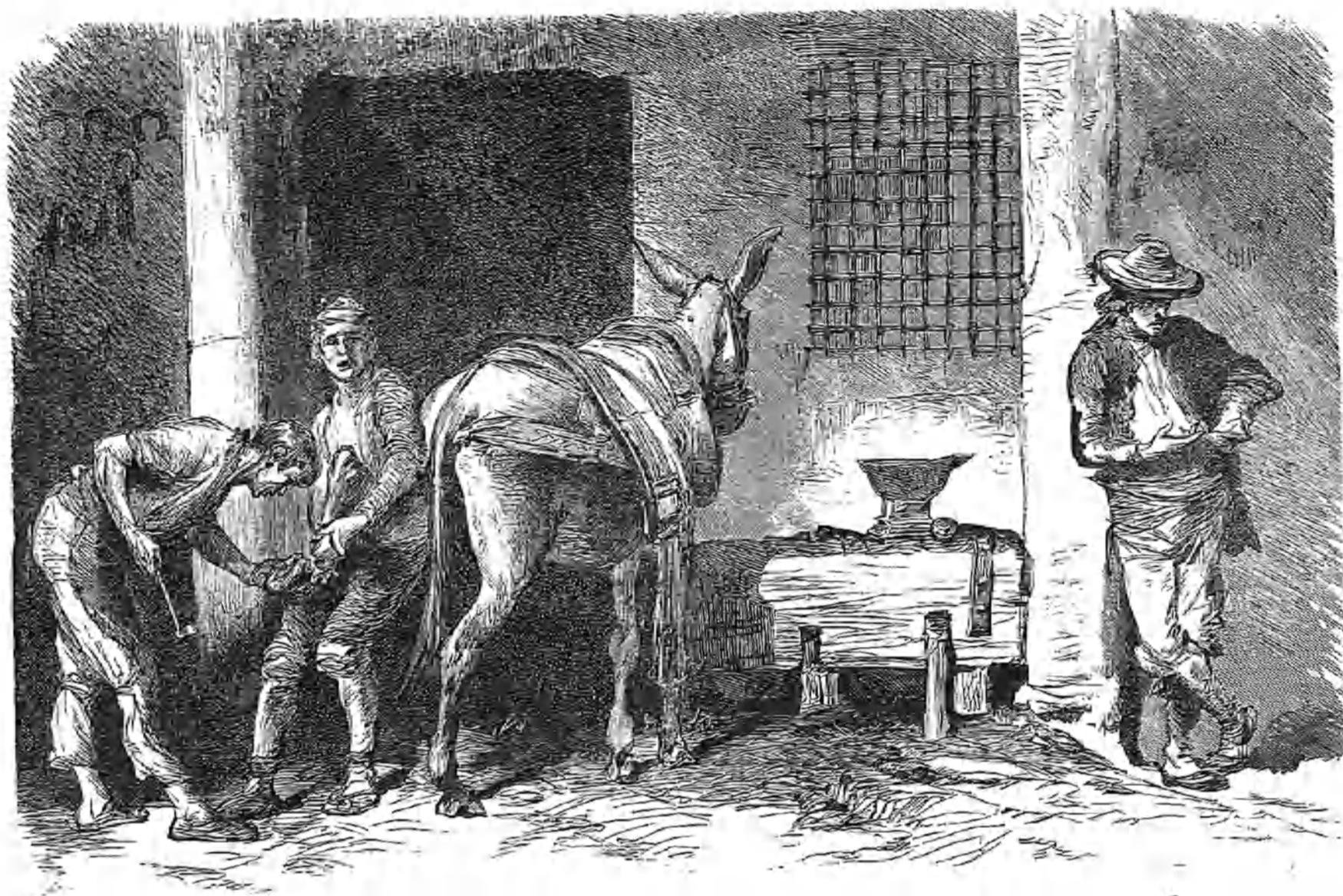
Entre todos los cantares
Uno hay que me llega al alma;
Es el cantar de una madre
Al hijo de sus entrañas.

Mientes con tal gravedad,
Que ya no sé distinguir
La verdad de tu mentir
Del mentir de tu verdad.

JOSÉ DE FUENTES.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

Muchas veces lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo: LA ILUSTRACION DE MADRID no es un periódico de partido; dentro de nuestra publicacion caben



EL HERRADOR.

todas las opiniones y todas las firmas; nos hemos propuesto que refleje en sus páginas con la fidelidad, con la importancia y el interés que naturalmente tengan, los hechos y los hombres contemporáneos. Indicábamos no hace muchos días que nuestra Revista es como el álbum que el guardian de un monumento ofrece á los príncipes, á los hombres políticos, á los sabios, á los literatos, á los artistas, á todos cuantos descuellan sobre el nivel vulgar y le visitan; todos ponen en él su nombre y su leyenda. Por eso tenemos la fortuna de llenar nuestras columnas con los escritos de los señores Cánovas del Castillo y Castelar, de Tejado y Robert, de Ochoa y Fernandez de los Rios, de Ayala y Catalina, de Silvefa y Cañete, de Camposamor y García Gutiérrez, de Lopez Guíjarro y de Bremon, de Ros de Olano, de Alvareda y del doctor Thebussen; por eso damos á la estampa, así el retrato de un personaje carlista ó de un republicano, como el de un alfonsista ó el de uno de los defensores de la legalidad establecida y vigente en España.

Estas palabras han de bastar para que nuestros lectores, que han visto aparecer en el número 37 de LA ILUSTRACION los retratos de D. Cándido Nocedal y de don Estanislao Figueras, no extrañen que publiquemos juntos en el presente número 46 los de D. Manuel Ruiz Zorrilla y D. Francisco Romero Robledo: jefe el primero del partido democrático-progresista, é individuo el segundo de los más distinguidos en el que ha dado en llamarse fronterizo, esto es, en la agrupación de unionistas que han contribuido poderosamente á crear la legalidad existente, son dos personalidades que debían figurar en la galería de hombres importantes de todas las opiniones políticas; retratos que vamos dando á luz con el mayor esmero posible y á instancias de un número considerable de nuestros suscritores.

Continuamos dedicando una atención preferente á la Exposición de bellas artes. Gracias á la bondadosa amistad con que nos favorecen muchos de los artistas más

notables que han llevado sus obras á aquel certamen, los cuales han copiado expresamente para LA ILUSTRACION DE MADRID sus lienzos, sus estatuas, sus acuarelas y sus proyectos arquitectónicos, iremos publicando sin interrupción esas interesantes copias, y hoy podemos dar á luz *La muerte de Lucrecia*, del Sr. Rosales; *El Prete*, del Sr. Pellicer, boceto que ha adquirido don Rafael Garcia; *El castillo feudal*, del Sr. Muñoz Degraín y además de estos tres cuadros la escultura de que es autor D. Elías Martín, la cual representa á *Narciso* y sobre cuyo modelo hizo este artista la estatua en mármol que posee el señor marqués de Portugaleta. No entramos en el examen de estas creaciones artísticas por no invadir el terreno de nuestro crítico el Sr. García Cadena, que se ha encargado del estudio de la Exposición y publica hoy su artículo cuarto sobre la misma.

Las ferias de Gerona. En los primeros días del mes de noviembre la inmortal ciudad de Gerona se convierte en mercado al que acuden innumerables forasteros, no sólo de toda la parte llana de la provincia, sino también de muchos pueblos de la de Barcelona. La celebración de la festividad de Todos los Santos, y las funciones cívico-religiosas con que los gerundenses conmemoran los gloriosos sitios que sus aguerridos padres sostuvieron en la guerra de la Independencia, se unen á los atractivos con que brinda esta como todas las ferias, y sirven de estímulo para que la concurrencia de feriantes y de gente alegre sea extraordinaria. La pintoresca confusión de trajes, pues en un mismo grupo suela verse al característico ampurdanés mezclado con el vestido que se usa en la montaña, con el del labrador del Vallés, con el del gitano indígena y con las tradicionales capuchas, ofrece un cuadro animadísimo, que tal vez no pueda observarse en ninguna otra parte, y una escena magnífica que se desarrolla alegremente ante el hermoso panorama del llano de Gerona, que bañan el Ter y el Oña. En aquel gran mercado, la ganadería de todas especies representa un papel muy importante, por

lo cual ofrecemos á nuestros lectores en la lámina que motiva estas líneas la vista de la parte destinada al ganado en la orilla izquierda del río, ya que el año anterior publicamos la vista de la parte de la ferias en la antigua puerta del Areny.

El herrador. Uno de los más reputados artistas franceses, Mr. Jules Worms, premiado por sus encantadores cuadros en varias exposiciones é ilustrador infatigable, ha hecho recientemente una visita á Madrid y á Granada. Puede juzgarse de su espíritu observador y del estudio que ha hecho de los tipos españoles, por la lámina que aparece en la última plana de nuestro número; al regresar á París nos entregó este dibujo, diciéndonos que era la tarjeta con que se despedía de LA ILUSTRACION DE MADRID. Reciba la más cariñosa expresión de nuestra gratitud que le enviamos en estas líneas.

X.

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CURA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses	20 rs.	Medio año	80 »
Medio año	42 »	Un año	150 »
Un año	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses	20 »	Un año	300 »
Seis meses	50 »	Cada número suelto	
Un año	100 »	en Madrid	4 »